Wolfram Eilenberger

¿SUFREN LAS PIEDRAS?

Un pequeño manual filosófico

taurus

Wolfram Eilenberger

¿Sufren las piedras?

Pequeño manual filosófico

Traducción de Carlos Fortea

taurus

La filosofía es educación para adultos.

STANLEY CAVELL

¿TÚ TAMBIÉN TIENES UNA AMIGA ASÍ?
Y POR QUÉ ESTA PREGUNTA ES VITAL

Intento ver el mundo con tus ojos. Pero no me lo pones fácil. Desde hace una hora juegas con una amiga que, en realidad, no existe. Os habéis retirado a la cueva que os habéis construido. Allí cocináis, os intercambiáis regalos, os peináis, os besáis y expulsáis malvados monstruos a intervalos regulares.

Yo tengo que quedarme fuera. Jugar a ser el guardián, gritar de vez en cuando como advertencia: «¡Atención, ahí viene alguien que quiere sacaros!». Entonces, naturalmente, en la cueva pasan cosas. Tenéis miedo y os alegráis a un tiempo, queréis ser atrapadas, arrastradas fuera… y, a la vez, no. Por el guardián, que se ha convertido en monstruo. Ese es el juego. Habéis inventado incluso vuestro propio lenguaje. Tú hablas y chillas, con voces fuertemente desfiguradas, como una loca.

* * *

Si tuvieras tan solo diez años más, llamaría a un médico para que se te llevara y te protegiera de ti misma. Pero ¿así? Esto es cotidiano. Habitual. Dicen que es incluso bueno, bueno para tu evolución. He leído que los niños que tienen un amigo imaginario «alcanzan más tarde un mayor nivel de competencia social», lo que seguramente significa que de adultos pueden ponerse mejor en el lugar de otros.

Ponerse en el lugar de otro. No es tan fácil. Así que, si lo he entendido bien, ¿ hay alguien contigo en este momento? Tu «hermana mayor Maya», como tú la llamas.

—Papá, ¿sigues ahí?
—Claro.

—¡Ahora tienes que llamar para que venga alguien! ¡A-ho-ra!

—Pero ahora ya no me apetece. Creo que ya hemos jugado bastante a la cueva.

—Pero ¡mi hermana Maya quiere seguir jugando!

—Entonces, explícale que el guardián está cansado y necesita un descanso.

—Pero ¡ella quiere seguir jugando!

—Yo se lo explicaré, si me dejas.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—¡Porque no puede ser!

—Entonces tendréis que seguir jugando solas en vuestra cueva.

—Pero tú eres el guardián. ¡Tienes que obedecer!

—Es que ya no quiero ser el guardián.

—Tonto. ¡Papá, tonto!

Es caprichosa y terca tu hermana mayor, Maya. A veces incluso os peleáis, discutís, os explicáis, disputáis. Como en este preciso momento, en vuestra cueva.

Sales a gatas. Y eres realmente tú. Solo tú. Puedo distinguirlo al primer vistazo.

—¿Dónde está tu hermana Maya?

—Estaba cansada. Se ha acostado.

—¿Y cuándo crees que se despertará?

—No lo sé.

—Con ella nunca se sabe, ¿verdad?

—Mmm. Dime, papá, ¿tú también tienes una amiga así?

—¿Cómo tu hermana Maya, quieres decir?

—Sí.

—Cuando tenía tu edad, tenía un amigo así. Era un chico. Se llamaba Erwin.

—¿Y qué clase de chico era?

—Un poquito mayor que yo, al igual que tu hermana Maya es también un poco mayor que tú. Bailábamos, nos contábamos historias y jugábamos al escondite. En una ocasión se escondió tan bien que, mientras lo buscaba, me perdí y me caí a un arroyo. Al menos eso cuenta la abuela. Y, además, me acuerdo muy bien, jugábamos a luchar, mucho. Y nos peleábamos.

Así eran las cosas con Erwin. Mi primer amigo. Si hoy tuviera que explicar lo que era, diría: una versión mejorada de mí mismo. La mejor que podía imaginar por aquel tiempo. Un

gran amigo, que me educaba en el diálogo, que me entendía y que siempre estaba allí, en mitad dentro de mí.

Pero ¿qué sería un amigo imaginario así para un adulto? ¿Un trastorno de la personalidad? ¿Una conciencia bastante ambiciosa? ¿Un terco superyó? ¿O —por eso el niño no podía llamarlo por su primer nombre— un demonio de la clase que el filósofo Sócrates oía antaño en su interior? Aquella voz que le impulsaba a plantearse a sí mismo, y también a otros, la pregunta: ¿quién eres? ¿Cómo quieres vivir? ¿Qué quieres ser?

—¿Erwin era fuerte?
—Muy fuerte. Pero aun así yo a veces le ganaba.
—¡Mi hermana Maya también es muy fuerte!
—¿Tan fuerte como tú?
—¡Mucho más fuerte! ¡Ha *luchao* incluso con un cocodrilo!
—Luchado.
—¡Y ha cazado un león! Con las manos.
—¿Cómo lo ha conseguido?
—Luchando con él. ¡Así luchaba con él! ¡Así! ¡Así!
—Ajá, ya me lo imagino.
—¡Así luchaba con él! ¡Así! ¡Así!
—¡No hables tan alto! Vas a despertar a tu hermana Maya.
—Oh…

Has vuelto a desaparecer dentro de la cueva. Simplemente te has esfumado. No conoces ni a tu padre ni a tu madre cuando te llama. Tu genial hermana lo puede todo. No importa qué te pregunte o qué te preguntara, la respuesta siempre es la misma: no, yo aún no… pero mi hermana Maya lo sabe, mi hermana Maya ya ha estado allí, mi hermana Maya puede.

Esto tiene poco que ver con el conocimiento de uno mismo. Pero, al menos, esto se podría afirmar de tu hermana Maya: que está al comienzo de una conversación que trata de quién quieres ser tú.

—¡Atención! ¡Viene alguien que quiere llevaros!
—¡No! ¡No!
—Sí, voy a entrar y a sacaros, uaaa, y luego os comeré, con piel y huesos, os comeré los pelos de la cabeza, ¡uaaa!
—¡No, por favor, no! ¡Hermana Maya, despierta! ¡Ayúdame!
—No tenéis ninguna posibilidad, soy de la policía, no habéis

hecho más que tonterías durante todo el día, no podemos tolerarlo. ¡UAAA!

—¡Para! Papá, esto es una idiotez, es un juego idiota. ¡No nos gusta!

—¿Nada de policía? ¿Quién quieres que sea?

—… Un lobo.

—Bien, pues un lobo. Uaaa, soy el lobo, soy un hombre lobo y os voy a devorar, porque eso es lo que hacen los lobos, es nuestra naturaleza, ¡uaaa, nadie podrá pararme!

—¡Hermana Maya, deprisa, tienes que luchar con él! ¡Luchar! ¡No eres más que un vago apestoso!

—¿Cómo dices?

—¡Eres un vago apestoso, hombre lobo!

—¡Ay! ¡Uaaa, uaaa, retirada, uaaa!… Pero ¡no se dice vago apestoso!

—¡Sí que se dice!

¿Qué va a ser de ti? En cualquier caso, no serás «algo», sino tú misma. Esa es también la respuesta de Friedrich Nietzsche. Solo dedica una burla triste a los padres que plantean esa pregunta a sus hijos, pero ya no se la hacen a sí mismos. Porque Nietzsche asume que casi cualquier persona ha oído esa voz exigente —él la llama «genio»— dentro de sí, y vuelve a oírla una y otra vez, en los más variados momentos de la vida de uno. Momentos que exigen una decisión, que se perciben como crisis. «Cualquier alma joven oye ese grito de día y de noche, y tiembla al oírlo; porque intuye la medida de felicidad que le está destinada desde hace eones cuando piensa en su auténtica liberación…».

A los que prefieren despreciar a su genio, Nietzsche los llama «fantasmas»: seres imaginarios que viven entre nosotros y que, digan lo que digan, nunca hablan por sí mismos.

—¡Papá, tengo hambre!

—El hambre es buena; en realidad, solo hay una clase de hambre.

—¿Qué has dicho?

—He preguntado qué te gustaría comer.

—Un bocadillo de salami, tostado, sin mantequilla. Y un vaso de zumo de manzana, con agua. Pero ¡sin gas!

—Bien, lo tendrás. ¿Tu hermana Maya también quiere algo?

—¡Sí, lo mismo!

—¿Te vas a comer el segundo bocadillo?

—Nooo.

—Bien, entonces me lo llevo.

—Está muy bueno, papá.

—Sí, el salami está rico. ¿Dónde vive tu hermana Maya cuando no está con nosotros?

—Ya te lo he explicado, en Pupipapi.

—Me gustaría ver esa ciudad. ¿Podemos ir a visitarla?

—Sí, podemos ir. Ya le he dicho que vienes. Los hombres no pueden entrar. A mi hermana Maya no le gustan los chicos. Pero tú eres mi papá, tú sí puedes. Ya le he preguntado.

—Qué honor. ¿Dónde está Pupipapi?

—¡En las montañas! Muy lejos. Tenemos que ir en tren, primero en tren y luego a caballo, a las montañas, a casa de mi hermana.

—¿Tú sabes montar a caballo?

—¡Sí, me ha enseñado Maya! Tengo un poni.

—Quiero preguntarte otra cosa: ¿de verdad existe Maya? ¿Y su ciudad, Pupipapi?

—¡Claro que sí! ¡Vamos a ir mañana!

¿SOY YO?
Y ADÓNDE PUEDE LLEVARNOS ESTA PREGUNTA

Difícil. Trazas tus círculos con el índice apoyado en los labios y mirando al suelo. Juegas a reflexionar. O reflexionas, de hecho. Examinas tus animales de peluche, eliges tus muñecas. ¿Qué llevarte, a quién dejar? Has decidido que nos marchamos mañana temprano al país de tu imaginaria amiga-hermana Maya, a Pupipapi, al otro lado de las montañas. Y con solo una mochilita como equipaje. Así que saber elegir importa.

—No lleves demasiadas cosas, o pronto te dolerá la espalda. Lo que necesitamos para un viaje así, sobre todo, es un buen mapa. No vaya a ser que al final nos perdamos.

—¡Puedo dibujar un mapa! Sé exactamente dónde está.

—Bien. Entonces dibújalo. Yo me ocuparé de nuestros pasaportes, para evitar dificultades en la frontera.

—¡No encuentro mis lápices! ¿Dónde están mis lápices?

—Seguramente, donde los dejaste la última vez.

—Es que ya no sé dónde los dejé la última vez.

—Pues ¡abre los ojos y busca! Las cosas no se esfuman en el aire. ¿Tal vez en su sitio, en el escritorio?

—¡Sí!, ¡aquí están! ¡Aquí están!

Por fin te has sentado a tu mesita, has cogido una hoja, estás silenciosa y concentrada. Yo tengo que encontrar nuestros pasaportes. En algún sitio, aquí, en el cajón de más abajo, tendría que estar la bolsita negra que contiene todo lo que somos, todos los documentos de identidad. También a ti te han hecho ya tu propio pasaporte, de lo contrario nunca habríamos podido llevarte a Estados Unidos.

—Papá, ¿has encontrado nuestros pasaportes?

—¿Qué te habías creído? ¡Aquí está todo!

—Dame el mío, lo llevaré en la mochila.

—Pero no lo pierdas, ¿eh?

—Sí, sí, estaré atenta. Te lo prometo. ¿Qué es esto?

—¿El qué?

—Esta foto gris de aquí.

—A ver, enséñamela. Parece una ecografía. De la tripa de mamá. Cuando estaba embarazada de ti. ¿Ves este puntito de aquí?

—¿Soy yo?

—Podría decirse así. Entonces tendrías unas ocho o nueve semanas.

—No se me parece.

—No. Es más bien como una judía.

—¡O una oruga!

Por aquel entonces te llamábamos Nupf. Aún no sabíamos nada más preciso. Salvo que algo estaba en camino. Algo que, si todo seguía el ritmo esperado, estaría pocos años después en condiciones de mirarnos a los ojos y, por ejemplo, preguntar: «¿Soy yo?». Un ser, como dice con palabras tan hermosas el filósofo John Locke, «pensante, inteligente, dotado de razón y reflexión, y que puede considerarse a sí mismo como él mismo. Esto es, una *persona*». En eso es en lo que parece que te has convertido: en una persona. Lo has demostrado sin lugar a dudas. Con tu pregunta. Nada que pueda compararse con el resto del universo animado. Puede que haya chimpancés que se reconocen en el espejo y quizá incluso están en condiciones de identificar una foto de su pasaporte de chimpancé como una foto suya. Pero solo los que son como nosotros, personas, pueden ver una ecografía de la octava semana de la propia evolución y preguntar espontáneamente: «¿Soy yo?». «El hecho de que el hombre pueda tener una representación de su yo —empieza así Immanuel Kant su *Antropología*— le realza infinitamente por encima de todos los demás seres que viven sobre la tierra. Gracias a ello es el hombre una *persona*, y por virtud de la unidad de la conciencia en medio de todos los cambios que pueden afectarle es una y la misma persona, esto es, un ser totalmente distinto, por su rango y dignidad, de las *cosas*, como son los animales irracionales, con los que se puede hacer y deshacer a capricho».

Espléndidas, sublimes palabras. Al menos para aquellos a los que se refieren.

—¿Y qué hacía yo en la tripa de mamá?

—No hacías nada. Simplemente estabas allí, como en un nido, y te alimentabas por un tubito. Mira, donde ahora tienes el ombligo es por donde entraba.

—Ya lo sé.

—Claro que lo sabes. Y creciste, cambiaste de forma a un ritmo muy rápido, de día en día, de semana en semana.

—¿Igual que una oruga?

—Solo que más deprisa, y con más cambios. La oruga se convirtió en pez con branquias, con una cola como una lagartija, parecías un ratón, con grandes orejas, una gacela con cascos, tenías una trompa como un elefante, y, de semana en semana, la trompa se convirtió en boca, los cascos, en dedos, la coraza, en piel, las branquias, en pulmones… y, finalmente, eras una persona entera, casi no me lo puedo creer ahora que te lo cuento.

—Yo no me acuerdo.

—Porque no tienes memoria de elefante.

—¿De verdad he sido un elefante?

—Sí, solo que muy pequeño.

¿Eras tú la de la ecografía? ¿La misma que eres hoy? Y, si la respuesta es sí, ¿la misma qué? ¿La misma persona? ¿El mismo yo? ¿El mismo ser humano? ¿El mismo individuo?

Claro que ya eras tú. En cualquier caso, hay una línea de desarrollo que va desde aquel montoncito de células de treinta milímetros de espesor que se ve en la imagen hasta el ser que en este momento trota seguro por la habitación.

Pero, sin duda, entonces no eras ningún yo, ni siquiera tenías necesidades dignas de ser llamadas «humanas». Sin cerebro, médula espinal, órganos, ojos. Se te podía distinguir mediante el eco, pero no dirigirse a ti. Porque aún no había ningún interior al que la alocución hubiera podido llegar.

No, no eras tú. No había ningún Tú… aunque todo lo que eres ahora dormitara ya como posibilidad. En tus genes, en tu diseño humano, ya entonces único.

Esta de la foto del pasaporte eres tú. A la edad de trece meses. Ya se había encendido tu luz, ya tenías tus propias necesidades y preferencias. Te hablábamos, te llamábamos por tu nombre, una y otra vez. No respondías con nada muy

racional, un balbuceo y un gorgoteo acompañado de vagos gestos. Ya te reconocías en el espejo (¡ba!, ¡ba!), pero aún no sabías decir «yo».

Ya no te pareces al bebé de entonces. Un funcionario de aduanas escéptico podría tener sus dudas. Ya veremos.

—Mi hermana Maya dice que fue un elefante, en África…

—¡Alto! Deténgase. Control de fronteras. ¿Puedo pedirle su documentación?

—La tengo… ¿Dónde la tengo?

—¿Será esta, quizá, su documentación? La hemos encontrado aquí hace poco.

—¡Sí, esta es!

—¿No quiere comprobar si de verdad es la suya?

—Sí, soy yo, en esta foto. ¡Mira!

—Vaya, vaya. ¿Recuerda dónde y cuándo fue tomada esta foto?

—Eeeh… no.

—La niña de la foto es mucho más pequeña que usted. Seguro que todavía se hacía pis encima.

—Es que era más pequeña, hace *taaanto* tiempo.

—Ajá, ¿y ya no se hace pis encima?

—No, eso solo lo hacen los bebés.

—Y supongo que entonces tampoco sabía usted montar en bici. Sin ruedines.

—No, era demasiado pequeña para eso.

—¡Ajá! Pero, aun así, pretende pasar por la misma. Todo esto es muy muy extraño. ¿No me estará tomando el pelo?

—¡No!, de verdad que soy yo, ¡míralo!

—Cualquier niña puede venir, enseñarme una foto y decir: «¡Esta soy yo!».

—Pero ¡es que soy yo! —Con pánico—. ¡De verdad que soy yo!

—Muy bien, haremos la vista gorda. ¿Adónde dice que va?

—¡A Pupipapi, a ver a mi hermana mayor, Maya!

—Le deseo un buen viaje.

—¡Mira, papá, el mapa! Lo he dibujado todo. Aquí arriba, la casa con el caballo, esto es Pupipapi.

—Entiendo. ¿Y dónde estamos nosotros?

—Aquí abajo. Al principio del todo. Ves este puntito negro, soy yo.

—Ajá, ¿y dónde estoy yo?

—Me he olvidado de ti.

—Eso te pega.

¿TAMBIÉN HABRÍA PODIDO SER UN NIÑO?
Y POR QUÉ ESTA PREGUNTA TIENE MÁS DE UN ECO

Es que no puedes dejarlo. Le das vueltas en todas las direcciones, lo sujetas en alto contra la luz. Se supone que ese gusanito de la ecografía eras tú. Un estadio temprano de ti misma.

—¿Quién hizo la foto?

—La ginecóloga, con una máquina especial. Primero untó la tripa de mamá con un gel frío y luego pasó el aparato por encima de ella. La máquina emitía sonidos agudos, que volvían como un eco de la tripa de mamá. La máquina captaba el eco y convertía las ondas de sonido en imagen.

—Ah.

—Yo tampoco lo entiendo del todo.

—¿Cómo chillaba la máquina? ¿Algo así como *tiiiii, tiiiii*?

—Sí, puedes probar con mi tripa.

—*¡Íiiiii, tiiiii!*

—¿Y bien? ¿Qué dice la tripa?

—Nada. No oigo más que un burbujeo.

—¿No hay un niño, ni nada parecido?

—No digas tonterías, papá. Los hombres no tienen niños.

—Es verdad. Se me olvidaba.

—¿Y esto que se ve en la foto es una pilila?

—Me sorprendería, más bien es el cordón umbilical. En la foto aún no se distingue si ibas a ser un niño o una niña.

—¿Es que también podría haber sido un niño?

—Tú no. Entonces serías otra persona.

—Sí. Tu hijo.

—Exacto. Pero ya sé a qué te refieres. No pudimos escoger si serías un niño o una niña. Y tampoco queríamos. Eso lo decide la naturaleza. Unos son niños y otras, niñas. Unas semanas después, cuando volvimos a visitar a la doctora, ya se veía con toda claridad que eres una niña.

—¿Cómo?

—Adivina.

—¡Por el pipi!

—Exacto. ¿Habrías preferido ser un niño?

—No, no. Prefiero ser una niña. O una mujer. Para poder ser mamá.

—Entonces, todos contentos.

—Mira, papá, tengo la tripa un poquito gorda, creo que también llevo un niño dentro.

—Déjame escuchar. Eso lleva un poco de tiempo, ya que me lo preguntas.

El médico te encerraba en un círculo una y otra vez, te escuchaba, te ponía en el punto de mira, te medía desde todos los ángulos imaginables, y, con cada repetición, nuestro miedo aumentaba. ¿Cómo había que interpretar esa petición, formulada con tono monocorde, de que volviéramos a sentarnos en la sala de espera para rellenar un formulario que contenía preguntas muy concretas sobre la historia genética de los padres y abuelos, como nuevos parámetros en la compleja ecuación de tu riesgo residual?

Todo va bien, ¿verdad? ¿Sí? O acaso la naturaleza, con la misma indiferencia con la que decide tu sexo, ha determinado otras condiciones de tu devenir, que durante toda una vida te impedirán mantener una conversación ordenada con nosotros; o reflexionar tan solo una vez, para ti, en silencio, si tú misma y el mundo en el que vives no habrían podido ser de otra manera; o jugar, como juegas ahora, en distintos papeles, como reina de tu casa de muñecas.

—¿Cuántos niños piensas tener cuando seas una mujer?

—Tres o cuatro. Tres niñas y dos niños.

—Pero eso son cinco, así que por lo menos sobra uno.

—Ah, entonces dos niños menos.

—Entonces ¿solo niñas?

—No, quizá también un niño. No sé. Tampoco es tan importante.

—Eso suena razonable.

¿ME QUERÍAIS COMO SOY?
Y POR QUÉ ESTA VA A SER UNA PREGUNTA DE PRIMERA CLASE

«Me subo a tus rodillas». No es una pregunta. Ni tampoco un ruego. Simplemente has saltado. A mí. Encima de mí. Te tumbas enroscada, como antes. Sigues necesitándolo. Todos los días. Coger fuerzas. Y calor. Dejarte acariciar. Y despiojar, como un monito.

—Dios mío, tienes todo el pelo enredado aquí abajo. Vamos a peinártelo como es debido. Lo mejor es que lo hagamos con tu nuevo cepillo de princesa, ¿qué te parece?

—Pero primero mimos.

—Bien, primero mimos, luego te peino. ¿Te he contado alguna vez la historia del sueño que el abuelo tuvo en el claro del bosque?

—No.

—¿Cómo? Eso no puede ser. Es la historia más antigua que recuerdo. Me acuerdo muy bien de que era como tú cuando el abuelo me la contó, estaba sentado en sus rodillas, exactamente igual que tú ahora. Es una historia muy extraña. ¿Quieres que te la cuente?

—Sí, ¡cuéntamela!

—Bien. Cuando el abuelo era joven, tan joven que ni siquiera había conocido aún a la abuela, un día, una hermosa tarde de verano, volvía a casa en bicicleta, cruzando el bosque, después de ir a bañarse en el lago, cuando de pronto oyó una música hermosa y extraña, como si sonaran unas campanillas de cristal. Tuvo curiosidad por saber qué podía ser, paró, dejó la bicicleta al borde del camino y siguió la melodía desconocida. Se adentró más y más en el bosque, hasta que llegó a un asombroso claro. La luz que llegaba al suelo del bosque era de todos los colores, como el final de un arcoíris, solo que más intensa aún y más brillante, tan reluciente y cautivadora que el abuelo se sintió atraído por ella de forma irresistible. Sin embargo, a cada paso que daba para acercarse, sentía un cansancio cada vez mayor, hasta que al final ya no pudo tenerse en pie y cayó en un profundo sueño.

—¿Y qué soñó?

—En su sueño, vio a unos niños que jugaban y bailaban en el claro, muchos niños, más de los que podía contar, y ninguno se parecía a otro. Vio allí niñas y niños, grandes y pequeños, delgados y gordos, de todos los colores de piel y tan diferentes entre sí como te puedas imaginar. Y de pronto, en el sueño, vio a una mujer junto a él, alta, con un vestido blanco, que le decía con voz suave: «¡Elige!».

Al principio el abuelo no entendió qué quería decir con eso, pero luego se dio cuenta de que podía escoger a un niño entre todos aquellos. Y había uno que le había llamado enseguida la atención y que le gustaba en particular, más que todos los demás. Tenía el pelo rubio, los ojos castaños y pecas, se movía deprisa y con agilidad, se metía el dedo en la nariz y silbaba poniéndose dos dedos en la boca, y el abuelo me describió a ese niño de su sueño con todos los detalles. «Llámale y te escuchará», dijo entonces la mujer del vestido blanco, así que el abuelo llamó: «¡Aquí estoy, niño, ven aquí! ¡Ven conmigo!».

—¿Y qué hizo el niño?

—Se alegró, sonrió de oreja a oreja y salió corriendo directamente hacia el abuelo, con los brazos muy abiertos, como si solo hubiera estado esperando esa llamada. Pero justo en el momento en que el abuelo iba a abrazarle, se oyó un trueno muy fuerte, y el abuelo volvió a encontrarse en el suelo del bosque, había despertado de su sueño. La música había enmudecido, la luz deslumbrante se había extinguido.

Así que se levantó y volvió a su bicicleta, muy confuso y agitado por la experiencia, ya te lo puedes imaginar, pero tan feliz y contento por dentro como nunca en su vida lo había estado.

—¿Por qué estaba tan contento?

—Porque, en el fondo de su corazón, sabía que en ese sueño se le había aparecido el hijo que iba a tener más adelante. Y así fue. Porque yo, me contó el abuelo aquella vez, encima de sus rodillas, era realmente igual que el chico de aquel claro, en todos los detalles, con mi pelo rubio, mis ojos castaños y las pecas.

—Qué historia tan rara.

—Pero ¿sabes lo más raro de todo?

—No, ¿qué?

—Pero tiene que ser nuestro secreto, ¿prometido?

—Prometido.

—Cuando yo era joven, ocurrió que también yo iba del lago a casa por el bosque con la bicicleta. Y de pronto, casi no podía creerlo, también yo oí una música bella y desconocida, que salía del fondo del bosque. Y, naturalmente, también yo la seguí, como

el abuelo entonces.

—¿De veras?

—Como te lo estoy diciendo. Solo que en mi sueño yo no escogí a un niño, sino a una niña. Estaba en el claro, todavía la estoy viendo, un poco apartada de los otros…

—¿Cómo era?

Y, cuando te describo a la niña de mi sueño («¡Igualita que yo! ¡Igualita que yo! ¡Ja, ja!, ¿puedes imaginártelo?»), no voy a jurar que te creas cada una de mis palabras, pero te gusta oírlas, oír tu historia. ¿Comprendes lo que quiero decirte? Y, ni siquiera en tus más oscuros sueños infantiles, espero que se te ocurra preguntar: pero ¿qué hubiera pasado, querido papá, si hubiera tenido un aspecto totalmente distinto del de la niña de tu sueño? ¿Me habrías querido menos?

Aún eres maravillosamente ciega a esa pregunta. Tan ciega como yo a una posible respuesta. Te habría contado la misma historia. Contigo. Siempre contigo. En eso consiste nuestro secreto.

—Cariño, tampoco eres tan guapa como para tener que mirarte al espejo durante horas.

—Sí, soy muy guapa, porque soy una princesa.

—¿Qué hacen las princesas durante todo el santo día? Nunca lo he entendido del todo.

—Son princesas. A veces se casan. Y se peinan y se ponen vestidos bonitos y van a bailes y tiran bolas doradas a las fuentes.

—Suena bastante aburrido, a la larga. Al fin y al cabo, no puedes casarte todos los días. Ni siquiera si eres princesa.

—No es aburrido. Y mañana me voy a llevar mi vestido de princesa al viaje a Pupipapi, para estar guapa para el príncipe.

—Yo pensaba que en Pupipapi no había príncipes. Dijiste que a tu hermana Maya no le gustan los chicos.

—Pero sí que hay príncipes. Ellos sí que le gustan.

—Y piensa en lo molesto que va a ser, en el tren, con ese vestido largo, y luego en el poni, seguro que el vestido se ensucia. No puedo imaginar que el príncipe quiera tomar por esposa a una princesa con una mancha en el vestido.

—Entonces llevaré el vestido en la mochila, y me lo pondré cuando lleguemos.

—Pero no cabe, o tendrás que dejar tus peluches favoritos en casa.

—¡Ellos tienen que venir!

—Las dos cosas no pueden ser. Tienes que decidir.
—Pero ¡yo quiero!
—Piénsatelo. Aún nos queda un rato.

¿QUIÉN CUENTA ESTA HISTORIA?
Y POR QUÉ ES TAN BONITO SEGUIR EL RASTRO A ESTA PREGUNTA

Un centímetro más y tu nariz tocará la hoja. Como si quisieras meterte en la historia, a ser posible entrando en la casa del osito y del tigrecito, allá abajo, junto al río, donde sale el humo.

—Cariño, así no veo nada. Y si no puedo ver el libro, no puedo leértelo. Ya te lo he explicado mil veces.

—Perdón, solo quería ver la chimenea un poco más de cerca.

Dos páginas en diez minutos. A este ritmo, hoy no llegaremos a Panamá. No hay ninguna posibilidad. Y, sin embargo, el osito y el tigrecito quieren ir allí a toda costa. En la historia. Junto con el pato tigre. Paciencia. Todo sigue su curso. Cada frase de la historia provoca una pregunta sobre lo que llamamos «realidad». ¿Cómo funciona una chimenea? ¿Qué es la compota de frutos del bosque? Y, naturalmente, ¿dónde está Panamá?

Explicar la realidad con la ficción, como los padres hacen desde el principio de los tiempos. Nada podría resultarnos más conocido… Tan solo tengo dudas con el asunto de Panamá. ¿Estará también ese país de Centroamérica en un mundo en el que los osos cocinan y los tigres recogen setas?

—Lo mejor es que preguntemos a alguien que sepa. En el libro seguro que lo saben. Así que ¿seguimos leyendo?

—Sí, seguimos leyendo.

El osito y el tigrecito parten y preguntan a sus amigos dónde está Panamá. Pero nadie lo sabe. Ni la liebre ni el zorro ni el erizo. Aun así, todos hacen como si lo supieran y dan alguna respuesta. Ya en la página seis, ambos se han extraviado sin

remedio. Te gusta. A mí también. Sin una pizca de compasión.

Ahora se ciernen las nubes, y el agua cae del cielo. Y cae y cae.

«Si mi pato tigre no se moja —dijo el tigrecito—, no tengo miedo a nada».

¿De dónde habéis sacado vuestro hermoso paraguas, osito y tigrecito? Está colgado a la puerta de casa. ¡Ja, ja![1]

—He olvidado el paraguas. A todos nos pasa alguna vez, ¿no?

—Sí, sí, pero, papá, ¿quién dice eso?

—¿Quién dice qué?

—Lo del paraguas.

—¿Quieres decir que quién habla al osito y al tigrecito en medio de la lluvia?

—Sí.

—Bueno, probablemente el que inventó la historia. El autor del libro. Su nombre está en la cubierta. Míralo, aquí, arriba del todo. Se llama Janosch.[2]

—Qué nombre tan divertido.

—Tiene que sonar divertido. Janosch es un nombre artístico.

—¿Qué es un nombre artístico?

—Algo parecido a un mote. Solo que para personas que son artistas.

—¿Y cómo se llama Janosch en realidad?

—No lo sé. Tal vez Horst. O Karel.

—¿Y Janosch es su mote?

—Así es como se llama cuando escribe libros. No es difícil. Por ejemplo, tú podrías ponerte un nombre artístico para pintar en la guardería.

—¿Cuál?

—¡Piensa uno!

—¡Maya!

—Bien. Desde hoy, todos los cuadros que pintes serán obras de la gran pintora Maya.

—Pero, papá, entonces nadie sabrá que los he pintado yo.

—Yo sí. Yo sé que Maya es tu nombre de pintora.

—No me gusta.

Puedo entenderlo. Pero al menos ahora sabes quién hay detrás de esta historia: un tal Horst, que se hace llamar Janosch. Él ha imaginado esta aventura y la ha escrito.

Posiblemente incluso se la imaginó mientras la escribía. O la soñó y luego la escribió. O solo la escribió, sin pensar. Con la gente que tiene un nombre artístico nunca se sabe.

En el fondo, da igual lo que pensara. Al menos para nosotros dos. Nosotros, en nuestro sofá de lectura, tenemos todo lo que necesitamos por el momento: el libro, la historia, el texto. Impreso negro sobre blanco, justo delante de nuestras narices, con dibujos de colores.

Los signos hablan por sí mismos. Ya no necesitan autor. Se las arreglan muy bien solos. Faltaría más. Porque, quién sabe, quizá Janosch no sea un hombre, sino una mujer. O el nombre de un colectivo de artistas que viven en un chalet apartado en Mallorca. ¿A quién le importa quién escribió esto, y por qué? ¿Cambiaría algo la historia? ¿Su valor? ¿Su importancia? ¿Para ti? Seguro que no.

—¿Por qué te interesa lo del autor?

—Por nada, para saber quién es.

—Por desgracia, no sé nada de ese Janosch. Quién es. Y dónde vive.

—No pasa nada.

—Pero podemos intentar imaginar qué clase de persona puede haber escrito esta historia. De forma parecida a cómo el osito se imagina Panamá, aunque no tiene más que una caja en la que pone Panamá y que huele a plátanos.

—¿Crees que Janosch también huele a plátanos?

—No, más bien creo que vive en una pequeña cabaña y que huele a compota de frutos del bosque…

—¡Y lleva un sombrerito blando así de gracioso en la cabeza!

Posible es. Muy posible, incluso. Alguien ha escrito este libro, eso es seguro. Y, de alguna manera, está también sin duda dentro del libro, Janosch o quienquiera que sea el que lleva su nombre. Está presente en cada frase. En todo lo que dicen el osito, el tigrecito y también el narrador.

Y esa era, no lo había entendido hasta ahora, tu verdadera pregunta: no quién ha *escrito* este libro, sino quién pregunta al osito y al tigrecito por el paraguas, *dentro* de la historia.

—¿Sabes?, pensándolo bien, no es Janosch el que dice lo del paraguas.

—¿No es Janosch? Entonces ¿quién?

—Lo dice el narrador de esta historia.

—¿Y quién es?

—No puedo decírtelo con exactitud. No está en el texto. Janosch no le ha dado nombre.

—¿El osito puede oír al narrador?

—Parece que no.

—Y entonces ¿por qué lo dice?

—Para que los niños se acuerden de llevarse el paraguas cuando se van de viaje.

Te quedas mirando fijamente el dibujo.

De verdad que desearía poder explicártelo. Pero, créeme, la mayoría de la gente no lo entiende nunca. Cómo conviven exactamente ambos, el autor y el narrador, nuestro mundo y el del libro.

—Papá, sigue leyendo.

—Voy.

Naturalmente, lo de Panamá quedó en nada. Con todas las indicaciones erróneas y las instrucciones contradictorias que les dieron sus amigos, el osito y el tigrecito estuvieron dando vueltas en círculo para terminar volviendo a su propia cabaña, abajo, en el río, de donde sale el humo.

¿Crees que tenían que haberse quedado en casa?

¿Crees que en ese caso se habrían ahorrado todo ese camino?

Oh, no, porque entonces no hubieran conocido ni al zorro ni al grajo, ni a la liebre ni al erizo, y nunca hubieran sabido lo cómodo que es un sofá hermoso y blando.[3]

La verdad es que es un precioso final para esta historia. Da igual quién lo haya contado.

¿ESTÁ DIOS MIRÁNDONOS?
Y POR QUÉ ESTA PREGUNTA HACE AUTÉNTICOS MILAGROS

¿Qué voy a hacer para que te hagas alta y fuerte? No puedes alimentarte de bocadillos de salami toda la vida. Ofrecer, ofrecer una y otra vez. Es lo que puedo hacer. Persistir, hacer que siempre sea lo más sabrosa posible. Pero al final no sirve de nada. La necesidad de comer alguna vez algo mejor tiene que salir de ti.

—¿Qué hay hoy?

—Algo estupendo. Y divertido: ¡una sopa de carne con letras dentro!

—¡Yuju, me gusta!

—Eso dices siempre. Y luego te dejas la mitad.

—¡Hoy no!

—Me suena a música celestial.

—¿Cómo que música celestial? ¿Qué es eso?

—No es más que una manera de hablar.

—Papá, ¿por qué nosotros no rezamos antes de comer, como la tía Gisela?

—Ahora come, que se te va a enfriar la sopa. Coge por el borde, que no está tan caliente.

—Tía Gisela dice que siempre hay que tomárselo todo.

—Cierto. Muy cierto. ¿Te ha explicado por qué?

—Porque Dios nos mira, y quiere que los niños se lo tomen todo.

—¿Y qué pasa si no te lo comes todo?

—Que Dios se pone triste.

—¡Y papá se pone triste! ¡No olvides que papá también!

—Sí, tú no haces que haya mal tiempo.

—Eso es verdad.

—Cuando Dios está triste, se echa a llorar y llueve. Dios ha hecho el tiempo, ha hecho todo, el mundo entero y todo lo que hay en él, cada animal y cada persona, cada planta, el mar y las montañas. Y también a mí, dice la tía Gisela. Por eso me quiere

tanto y quiere que me lo tome todo.

La buena de Gisela. Cada historia, una pequeña prueba de la existencia de Dios. Suena muy razonable. No hacemos la lluvia. Así que el motivo de que llueva tendrá que ser otra cosa. O al menos la causa. Y, naturalmente, esa causa no es otra que el efecto de otra causa… Y en algún punto tiene que haber empezado todo, el mundo, el universo, todo lo que existe. Así que tuvo que haber una causa muy especial, que no venga precedida de otra causa, sino que —de alguna manera— actúe a partir de sí misma: un fundamento en el que se origine todo, un móvil inmóvil, o como queramos llamarlo. Y, si hubo esa primerísima causa, entonces —es difícil contradecir en eso a la tía Gisela— en cierto modo esa *causa primera* creó, de hecho, todo lo que hay. Gisela la llama «Dios». No está sola en eso.

Hasta aquí, Gisela no tiene más que abrir los ojos y ve un mundo que, en líneas generales, da la impresión de estar bien planeado y magníficamente ajustado. Detrás de esto, piensa Gisela, tiene que haber una racionalidad. Una especie de plan. Y, donde hay un plan, también hay un planificador. La mejor forma de planear es desde arriba del todo. Y, naturalmente, un creador siente algo por sus criaturas, al igual que un padre siente algo por sus hijos.

No hay nada que objetar a ese modelo que, potencialmente, lo explica todo… aparte de que hay un número de alternativas difícil de calcular igual de razonables. Y que, por tanto, no explica nada. Y no demuestra nada. En particular, no demuestra la existencia de Dios.

—Cuando tenía tu edad, siempre me lo tomaba todo.

—No es verdad.

—¿Qué? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Por tía Gisela. Dice que tú siempre comías mal.

—Vaya. Con que eso dice. En cualquier caso, ahora me doy cuenta de por qué llovía tanto durante mi infancia.

—Papá, ¿de verdad Dios nos mira, como dice tía Gisela?

—Es posible. En cualquier caso, me sorprendería. No es tan interesante vernos comer sopa.

—Pero él puede verlo todo.

—¿Todo a la vez?

—Sí. Puede verlo todo. Y él sabe todo, incluso conoce nuestros pensamientos. Y quiere a todo el mundo. Especialmente a los niños.

—Bueno, si de veras puede verlo todo y lo sabe todo, entonces también sabe que ahora estamos sentados aquí tomándonos la sopa. ¡Es lógico!

—Sí, lógico.

Pero si de veras sabe que estamos tomándonos la sopa, ¿para qué iba a querer mirarnos? Y si lo sabe *todo*, también sabe lo que nosotros aún no sabemos, si hoy vas a tomarte la sopa o no. Y, si ya lo sabe, ¿por qué iba a entristecerse, y menos a enfadarse contigo? Es su responsabilidad, no la tuya o la mía. Pero, si no tuviera o no quisiera tener controladas esas pequeñeces cotidianas, se podría pensar que muchas otras cosas tampoco están en su poder, todo lo que nos atañe y nos preocupa día tras día a las personas (aparte del tiempo). En cualquier caso, entonces no es *omni*potente. Eso también es lógico.

Vaya jaleo en que nos ha metido la tía Gisela. No sabría contestarte de forma razonable ni a una de esas cuestiones. Y no conozco a nadie capaz de hacerlo.

—Papá, ¿Dios también tiene que tomar sopa?

—No. Seguro que no. Su existencia es de un tipo totalmente distinto. Él no necesita comer. Ni tampoco beber.

—¿Cómo es de grande?

—Es el más grande de todos.

—¿Más grande que un gigante?

—Mucho más.

—Pero en la realidad no hay gigantes.

—¿Te lo ha dicho la tía Gisela?

—No, me lo contó mamá una vez que tenía miedo antes de irme a dormir.

—Bueno, yo tampoco he visto ningún gigante con mis propios ojos. Lo que hay son relatos de personas que afirman haber visto a gigantes, y hasta haber luchado con ellos. Y, si esos relatos son ciertos, entonces hay gigantes. O al menos los había antes.

—¿Y Dios es aún más grande que un gigante?

—Sin comparación. Algunos dicen que es tan grande como el universo, otros afirman que incluso un poco más. Es difícil medir esas cosas. En cualquier caso, es el más grande de todos; tan grande que no se puede pensar nada más grande. ¿Puedes

imaginarte un ser tan grande que no puedes pensar en otro más grande?

—No sé.

—Inténtalo, yo voy a intentarlo también: vamos a imaginar los dos un ser que ya no pueda ser más grande, ¿vale?

—Vale.

—Entonces: en sus marcas, ¿listos?, ¡ya!

—Y ¿cómo es de grande?

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaasí de grande!

—No está mal. Pero el mío es un poco más grande, es aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaasí de grande.

—¡Y el mío aún más grande, aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaasí de miles de kilómetros!

—Ya veo que has entendido la idea. Ahora te pregunto otra cosa: ¿qué dirías que es más grande?, ¿un gigante que existe en realidad?, ¿o el mismo gigante que no existe en realidad, sino tan solo en tu imaginación?

—¡El de verdad, claro!

—Ajá. Y para Dios, que es el más grande, sirve lo mismo. Incluso sería más grande si existiera en realidad, y no solo en nuestra imaginación.

—Sí.

—Así que ese Dios existe. No hay duda.

—Sí, sí, está bien.

Lo principal es decir «sí, sí». Así empieza la religión. Primero se cuentan historias fabulosas. Luego se reparte sopa («¡compartir fraternalmente!») y, en caso de duda, se dice «sí, sí» cuando te preguntan. Y surge la verdadera fe. Y al final, posiblemente, incluso los argumentos adecuados.

—¿Sabes?, ahora puedo decírtelo. Hasta hoy no me creía que existiera de veras Pupipapi, la ciudad de tu hermana Maya.

—¡Claro que existe Pupipapi!

—Sí, sí, ahora me doy cuenta. Porque, aunque no la haya visto con mis propios ojos, sin duda Pupipapi es una ciudad, la más bonita que puede haber, ¿no?

—Sí, en Pupipapi todo es bonito.

—Ya me lo imagino. Y una Pupipapi real será más estupenda que una Pupipapi que solo exista en nuestra imaginación, ¿no?

—¡Claro!

—Así que no puedo sino imaginar que Pupipapi existe. Y a

cualquier otra persona le tiene que pasar lo mismo.

—En Pupipapi también yo tengo un poni.

—¡Estupendo, estupendo! Y seguro que en Pupipapi todos los niños se lo acaban todo, ¿no?

—¡Tonterías, papá!

—¿Por qué tonterías?

—Ahora no te lo puedo explicar.

—Pero puedes tomarte la sopa.

—No, ya estoy llena.

—Haz un esfuerzo. Un poquito entra siempre. Otras tres cucharadas, ¿vale?

—Está bien.

—¡Una por la abuela, otra por el abuelo y otra por la tía Gisela!

—¡Y otra por Dios!

—Sí, por qué no.

¿ESTO PARA QUÉ SIRVE?

LIMPIAR Y RECOGER, EN SENTIDO MORAL

—¡A limpiar! ¡A limpiar!

—¡Ya voy!

—¡Aaa limpiar!

—¡Solo un momento!

—¡A-LIM-PIAR!

—Voy. Estaba poniendo el lavaplatos. Para que todo esté hecho cuando Gerald y Julia vengan de visita.

—Puaj. ¡Apesta!

—Tú también podrías ayudar a limpiar, ¿no?

—No puedo, tengo los brazos demasiado cortos. No llego.

—Creo que llegarías si quisieras.

—Pero no veo nada. No tengo ojos en el trasero.

—Oye, yo tampoco tengo ojos en el trasero y aun así me las arreglo solo. Así que, ¡en marcha, luego le toca al osito!

—Pero ¡a limpiar bien!

—Claro, no te preocupes.

De este modo, nos aproximamos el uno al otro por lo menos tres veces al día. Limpiar, la prosa de la educación, el primer estándar, el fundamento más básico. No puedo prescribirte sentir vergüenza, pero desde mi punto de vista ya va siendo hora de cierta incomodidad. Podrías tener un poco más de iniciativa cuando se trata de cuidar de ti misma.

—¡He tirado de la cadena!

—¡Bien!, pero ¡no olvides lavarte las manos!

—Sí, claro.

—Y, ya que estamos metidos en la gran limpieza, podríamos recoger tu habitación, ¿no te parece?

—Oh, papá, ¿tiene que ser ahora?

—Sí, tiene que ser. Tu cuarto vuelve a estar como si hubiera caído una bomba en él.

—Solo he estado jugando.

—Exacto. No se puede dar un paso sin tropezar con algo. El suelo está lleno de juguetes y cachivaches.

—Papá, ahora no me apetece limpiar.

—No se trata de si te apetece o no. A mí tampoco me apetece limpiarte el culito todos los días. Además, tú tampoco tienes que limpiar, solo tienes que recoger. Hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Limpiar es dejar limpio algo que estaba sucio. Unas ventanas, por ejemplo. O los dientes. O la conciencia. Recoger significa poner las cosas en un orden determinado; dejarlas donde tienen que estar para que no sea todo un lío.

—Pero a mí me gusta así.

—Pero a mí no. ¿Qué crees que van a pensar Gerald y Julia? ¿Sabes?, es muy descortés invitar a huéspedes a casa y luego presentarles una pocilga así como cuarto de juegos. Creerán que en realidad no quieres que vengan. Y probablemente también piensen: «Oh, nuestra prima aún es un bebé, ni siquiera sabe recoger su habitación».

—Eso no es verdad.

—Sí, eso es lo que pensarán. Solo que están demasiado bien educados para decírtelo a la cara.

De verdad que me gustaría que las cosas fueran de otro modo. Pero sin una presión concreta nada funciona contigo. Falta la motivación necesaria.

No quieres avergonzarte delante de tu admirada prima mayor… y menos delante de Gerald, que solo es unos meses mayor que tú. Os observáis el uno al otro con la mayor atención.

—Papá, no voy a poder sola.

—Sí que podrás. ¿O es que tus brazos también son demasiado cortos para eso?

—¡Noooooo!

—Entonces ¡adelante! Quiero limpiar el baño un poco antes de que lleguen.

—¡Por si tienen que hacer caca!

—Exacto. Por cierto, ¡Gerald ya se limpia solo!

—Pero ¡se lo hace encima por las noches! ¡Como un bebé! Ji, ji.

Bien, en la práctica, has entendido cómo funciona lo de blandir el hacha de la vergüenza. Así se anclan las primeras normas cotidianas, vinculantes para todos.

—Lo mejor es que empieces por el caballito, que está en medio de todo.

—¿Dónde lo dejo?

—¡Piensa un poquito por ti misma! ¡Es tu habitación! ¿Dónde lo pone mamá?

—Aquí. En el rincón.

—Entonces ya sabes cuál es su sitio.

—Papá, el caballo tiene que quedarse aquí.

—¿Por qué?

—Porque es de mi hermana Maya. ¡Con él va a Pupipapi!

—Muy bien. Ahora ponlo en el rincón, para que nadie se tropiece con él.

—No.

—¿Cómo que no?

—No puedo hacer eso. Papá, por favor, mi hermana Maya se va a poner muy triste.

—Entonces pon al menos todos esos trastos que hay por el suelo en las estanterías; el castillo y la granja también.

—Pero papá…

—¿Qué?

—¡Eso es Pupipapi!

—¿Y qué? ¿No se puede recoger?

—No, no puede ser. Si no…

—Tu hermana Maya se pondrá furiosa. Y se enfadará.

—Sí, papá, lo hará.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Dejarlo todo como está?

—Sí, papá, sería lo mejor.

—Oye, mírame.

—¿Qué pasa, papá?

—Vamos a ser sinceros: ¡no parece una ciudad perfecta! Se puede mejorar alguna que otra cosa, ¿no?

—Mmm… A mí me gusta así.

—Sí, pero mira, hay cosas por las calles por todas partes, incluso basura. Eso no es bonito. Y se puede tropezar. O resbalar. Además, las calles son muy enrevesadas, resulta fácil extraviarse; mira, aquí, hay unos coches en el tejado, dos cunas fuera de las casas, los cerdos están en la cárcel, los abalorios, en la pradera. Imagínate que Julia te pregunta a qué viene todo eso. Al final se reirá de la ciudad de tu hermana Maya. Y tú no quieres que pase eso, ¿no?

—Mmm… no.

—Entonces, manos a la obra. Nos harás un enorme favor a todos. ¡Sobre todo a ti y a tu hermana Maya!

—Muy bien. Puedo recoger un poquito.
—Perfecto. Verás lo bien que te sientes después.

Quizá sea realmente una ley que puedan obedecer todos, en cualquier buena ciudad: « Obra de tal modo que no tengas que avergonzarte de tu mejor yo»… e incluso una en la que quisiera educarte con buena conciencia.

Y a mí.

¿POR QUÉ NOAH ESTÁ ENFERMO?
Y POR QUÉ ESTA PREGUNTA NO TIENE POR QUÉ SER MALA

Tenía la punta de la nariz un poquito pálida. Refunfuñaba, estaba más agresivo que de costumbre, hasta que se quedó dormido en brazos de su madre. Posiblemente se trataba de una infección, o simplemente de una mala noche. Algo muy normal a esa edad. Al menos, nada que nos hubiera preocupado seriamente aquella tarde en el jardín. No hace ni una semana. Era un domingo tan hermoso.

—Oye, Noah no viene hoy a jugar. Su papá acaba de llamar.

—Ah. ¿Por qué no?

—Noah está enfermo.

—Qué pena.

—Sí. Ha tenido que irse al hospital.

—¡Papá, yo también he estado en el hospital! ¡Con conmoción cerebral!

—Lo sé. Estaba allí.

—Fue muy bonito. Mamá durmió en mi habitación.

—Claro, para ver si seguías vomitando.

—Pero no vomité.

—No, gracias a Dios, de lo contrario al día siguiente no habríamos podido traerte a casa con nosotros.

—Me gustaría mucho volver al hospital. ¿Podemos ir a visitar a Noah?

—Por el momento, no. No puede estar con otros niños, podría contagiarse.

—¿Con bacterias?

—Sí, con bacterias, por ejemplo.

Podría matarlo. Cada virus, cada agente infeccioso, cada germen. Todo lo que «viene de fuera» ha dicho su padre… y toda la inocencia se ha perdido. Las pruebas son inequívocas. Mañana empieza la quimioterapia, luego esteroides fuertes, otra vez quimio, tendrá que estar así al menos dos años. No

me hace falta hacer preguntas, me lo ha contado por teléfono, buscando la salvación en los hechos. Se trata de una variante comparativamente inofensiva, con expectativas concretas de curación, hasta el noventa por ciento, si se aplican los últimos tratamientos. En cualquier caso, no había previsiones a largo plazo, los niños que morían no superaban los treinta años.

Uno de cada dos mil niños. Cualquiera. Habría podido pasarte también a ti.

—¿Qué le pasa a Noah?

—Sus defensas están debilitadas.

—¿Qué dices?

—Sus defensas. ¿Sabes?, puedes imaginarte las bacterias como unos bichitos diminutos que quieren hacer daño a nuestro cuerpo. Y, para poder defenderse de sus ataques, en nuestra sangre flotan muchos pequeños policías que detienen a esos bichos malos para que no hagan que nos pongamos enfermos…

El cuerpo es como Estado, al que hay que proteger de intrusiones ajenas. Cualquier niño entiende esa imagen. También que la jefatura de policía está en la médula espinal y que, en el caso de Noah, los propios policías son los que han enfermado, por lo que ahora está desprotegido ante los ataques de los intrusos.

—¿Por qué se han puesto enfermos los policías?

—Eso… no se sabe muy bien.

—Quizá Noah ha comido algo que le ha sentado mal y por eso los policías se han puesto enfermos.

—No, seguro que esa no es la razón.

Ha comido algo que no estaba bien: esa es tu explicación para todos los males de este mundo. ¿Por qué hubo que operar de la tripa al abuelo? Quizá comió demasiado. Así de sencillo. Así de directo. Y yo desearía de corazón que así fuera. Un mundo en el que todos los males pudieran remitirse directamente a un acto erróneo sería el más puro paraíso educativo: como adulto ya no habría nada más que decir. La naturaleza recompensaría sin más el comportamiento razonable con la ausencia de dolor, los niños razonables se regirían por eso y los irrazonables se extinguirían. Un mundo

así sería básicamente bueno, porque en él por principio todo mal sería evitable. En última instancia, cada enfermedad tendría su buen sentido pedagógico, si se preguntara lo bastante cuál es el por qué. Como tu conmoción cerebral cuando trepaste al árbol del jardín y no quisiste sujetarte con las dos manos: fue culpa tuya. Será una enseñanza para ti. Recuerdo muy bien que eso fue lo que pensé entonces, camino del hospital. Y que aquello no iba a matarte.

—Pero ¿por qué entonces Noah está enfermo?

—A veces no hay una buena razón, ¿sabes? La gente se pone enferma sin más. Nadie puede impedirlo y nadie tiene la culpa.

—Quizá se haya caído de espaldas. Y por eso los policías se han mareado.

¿Nadie tiene la culpa? Nadie puede decirte a ti tal cosa. ¡Alguna explicación tiene que haber! «Ningún hecho puede ser considerado cierto o existente sin que haya una razón suficiente para él, para que sea así y no de otra manera, aunque en la mayoría de los casos podamos no conocer las razones». No es que puedas deletrearla, pero es la máxima que impulsa cada día tu curiosidad desde que tienes cinco años: la frase de Leibniz sobre el principio de razón suficiente. La suposición más natural, más razonable, más humana de todas.

—Puedes hacerle un dibujo. Seguro que se alegra cuando lo vea.

—¿Para el hospital?

—Exacto, así podrá colgarlo en su habitación, y sabrá que te acuerdas de él, aunque no puedas ir a visitarle.

—¡Sí! Ya sé lo que voy a dibujar.

—¿El qué?

—No te lo digo.

¿Acaso no tienes razón? Seguro, sin duda, hubo un acontecimiento que desencadenó la producción de glóbulos blancos mutados en la médula espinal de Noah, una primera y pequeña desviación, una diminuta alteración en el modelo productivo. Hace semanas o meses, en completo silencio.

Pero *¿por qué* ha ocurrido? La pregunta se mantiene siempre abierta. Puedes llevarme hasta el final de todas las

cadenas causales sin averiguar nunca lo que realmente quieres oír. Porque ¿qué explican las causas? En el mejor de los casos, no dicen otra cosa que: «mi querida niña, las cosas son así. Así es el mundo. Estas son las leyes por las que sigue su curso». Y no es difícil imaginarte, en este momento, como la niña de un libro ilustrado de filosofía para niños que, al final de una conversación interminable como esa, pregunta a su padre: «Pero, papá, ¿por qué el mundo es así y no de otra manera? ¿Por qué esas leyes, y no *otras*? ¿Qué mundo es este en el que los niños solo tienen que enfermar y sufrir? Sin una buena razón. Un mundo así, querido padre, no está bien hecho. No puede ser bueno».

* * *

Pero tú callas, en vez de preguntar. Te muerdes los labios: ¿simplemente se ha puesto enfermo? Entonces ¿esta historia no tiene moraleja? ¿No tiene un sentido más profundo? ¿No tiene culpables, acción desencadenante, nadie a quien señalar, nada por donde empezar?

Naturalmente, puedo darle un sentido para ti. Nada más fácil. Por ejemplo: antes, al principio del todo, no había enfermedades en el mundo, hasta que los primeros humanos probaron una fruta prohibida en su jardín… y desde entonces algunos de nosotros enfermamos, por así decirlo, como secuela. Ya no es posible arreglarlo. Por desgracia. Tendrían que haberlo pensado mejor.

Creo que *tiene* que haber alguna razón.

Podría incluso imaginar —¡y tú me seguirías!—, en nombre del principio de razón suficiente, incluso un ser que conoce todas las razones que nosotros desconocemos, muy fácil, porque es, decimos, quien ha creado este mundo, con todos los detalles, exactamente tal como es: el creador del sentido último, el seguro punto final de cualquier narración pedagógica. Igual que soy un padre para ti, él es un padre para todos nosotros. ¿Entiendes?

—Pero ¿por qué ha hecho que Noah enferme? ¿Es que es malo?

—No, no, no, ¿cómo se te ocurre? Si supiéramos lo que él sabe, no desearíamos ningún otro mundo. Ha hecho el mundo lo mejor

que ha podido, el mejor de todos los posibles. Pero no todos los niños pueden estar siempre sanos.

—Pero por qué…

—Y sobre todo nos ha dado la capacidad de pensar por, es decir, investigar su creación para entender lo buena que es en realidad, que todo en ella tiene un sentido cuando se conocen todas las razones. No puede ser mejor. Créeme.

Claro que me crees. Cualquier sentido es mejor que ninguno. Cualquier temor, mejor que el miedo a lo insondable. Es, si nos paramos a pensarlo, absolutamente fascinante todo lo que las personas adultas han ideado para proteger a sus hijos de la impresión de que pueden haber nacido en un mundo en el que hay un sufrimiento insondable. Ahora no se me ocurre ninguna de esas historias. Me parecería irresponsable.

—Papá, ya he terminado el dibujo.

—Muy bien, enséñamelo. ¿Qué has dibujado?

—¡Míralo tú!

—Parece un jardín con dos niños que juegan a pilla-pilla.

—Sí. Este es Noah. Y esta soy yo.

—Ajá, ¿y quiénes son los hombrecitos verdes que hay en el árbol?

—Esos son los policías.

—¿Qué hacen ahí arriba? ¿Tienen que vigilaros?

—No, qué tontería. Se están comiendo las manzanas. ¡Mira!

—Las manzanas. ¿Por qué?

—Para curarse. Tú siempre dices que las manzanas son muy sanas.

—Sí, eso es cierto. Eso es, sin duda, cierto.

¿TE QUEDAS CONMIGO?
SOBRE LA ESENCIA DE LA MENTIRA NOCTURNA

—Se levantó una terrible tormenta. Llovía a cántaros, había relámpagos, rayos y truenos. De pronto se abrió una profunda grieta en el suelo, y por la grieta salieron los niños trepando a la superficie. Allí estaban, por fin, los primeros humanos.

—¿Los niños salieron trepando de la tierra?

—Sí. Antes habían vivido durante años bajo la tierra, muy dentro. Allí habían sido engendrados, formados y hasta criados.

—¿Por quién?

—Ya te lo he contado todo. ¡Por la propia tierra! Por eso hasta hoy hablamos de nuestra «madre Tierra», a la que debemos amar, respetar y proteger. Y también de que, en realidad, todos los humanos son hermanos y hermanas. Porque en el principio todos salieron trepando de la misma grieta. Entonces, en el tiempo anterior a todos los tiempos.

—¿Siguen viviendo niños ahí abajo?

—¿Debajo de la tierra? No, eso se acabó. Ahora vivimos todos aquí arriba… y los niños son educados por sus padres. Como tú por mí. Por poner un ejemplo.

—Y por mamá.

—Exacto. Y por mamá. Sí. Y ahora, a dormir. Ya es tarde. Así que apaga la luz. Y cierra los ojos. ¡Que tengas bonitos sueños!

—Tú también, papá. Buenas noches.

—Buenas noches.

Buenas noches. Como si fuera tan sencillo.

No ha sido muy inteligente contarte justo hoy la historia de los primeros niños sobre la tierra. Pero querías oírla a toda costa. Ya es la tercera vez que llamas. Y tiemblas, aunque estoy muy cerca de ti. Por miedo a la tormenta, ahí fuera, en la noche, y pensando, sin duda, en monstruos de la tierra que solo esperan al próximo relámpago para salir trepando de profundos barrancos directamente hacia tu cama.

—Duerme, mi niña. Duerme, mi amor.
—Sí, papá.
—Y no tengas miedo. Yo cuido de ti.
—¿Te quedas conmigo?
—Sí, me quedo contigo.
—¿Toda la noche?
—Duérmete. Cierra los ojitos.
—¿Toda la noche, papá?

No, toda la noche no. Solo hasta que te duermas. Pero no voy a decírtelo ahora, te diré exactamente lo que quieres oír. En un tierno susurro, directo en el oído: «Sí, toda la noche».

Para que tu pobre alma se tranquilice, para que te sientas lo más protegida posible y para que te duermas con más facilidad. No hace daño a nadie. Al contrario. Será lo mejor. Para ti. Y para mí. De lo contrario, puede que tardemos horas en dormirnos. En nombre de la verdad. Por nada. Casi me parecería un poco inhumano.

Realmente no es gran cosa. Ni siquiera sé por qué le doy vueltas. Bueno. Porque es una cuestión de principios. Porque no hay que mentir, no hay que hacer promesas que no piensas cumplir. Y menos a tus hijos. En medio de la tormenta, la tempestad y la noche. Cuando tienen miedo. Puede que no haya nada más profundo.

No tengo más que imaginar cómo despertarás de una pesadilla dentro de media hora, bañada en sudor; buscarás mi cuerpo a tientas, no lo encontrarás, y en ese momento entenderás que tu padre es una persona en cuya palabra no puedes confiar. Que te he mentido. Y te plantarás despejada ante mí, con las antenas levantadas.

—Solo he ido al baño un momento. Estaba a punto de volver contigo.
—¿De veras?

Además, en ninguna parte está escrito que mi mentira vaya a conseguir el efecto deseado. ¿Y si, justo porque te aseguro que voy a quedarme toda la noche contigo, te mantienes despierta durante mucho tiempo, solo para asegurarte de que es cierto? Te creo capaz.

En última instancia, nadie puede controlar los

pensamientos que sus propias palabras provocan en otros, y menos aún las complicaciones que sus propios actos activan. Esa es, sencillamente, la verdad. Y también la razón, una razón más, por la que debería responderte de manera veraz. Porque siempre puedo hacerlo. Eso siempre está en mis manos: ser veraz. Aunque la consecuencia sea que des vueltas un rato, y que temas y te atormentes. Así al menos sabrás a qué atenerte. Podrás confiar en mi palabra. Y mi conciencia se mantendrá tranquila.

—¿Papá?
—Aquí estoy.
—Te quedas…
—Sssh. A dormir.

En verdad, no resulta difícil ser un padre impecable, desde el punto de vista puramente filosófico. Porque a la pregunta de si hay situaciones en las que se ve obligado a mentir, un ser humano de verdad racional, que piense sin contradicciones, solo puede dar una respuesta: no. No las hay. Más bien, como constata Kant: «La veracidad en las declaraciones que no pueden eludirse es un deber formal del hombre para con cualquier otro […] incondicionalmente exigido y no limitado por conveniencia alguna». Y, por tanto, también en nuestra relación. Para cada pregunta temerosa que me haces antes de irte a la cama. ¿De veras? ¿También la de ayer? ¿Y la de anteayer?

¿Sabes, pequeña?

La verdad es que tu hermana Maya no existe. Al igual que no existen Papá Noel y el ratoncito Pérez.

La verdad es que el abuelo no se va a curar, sino que se está muriendo.

La verdad es que dentro de medio año vamos a mudarnos, y puede que nunca vuelvas a ver a ninguna de tus amigas.

La verdad es que hace mucho que tu madre tendría que estar en casa, no sé por qué aún no ha llegado, y me preocupa seriamente que pueda haberla atropellado una furgoneta o que haya sido estrangulada por un canalla…

La verdad es que te miento casi todos los días de tu vida, y

que te he contado historias inventadas… justo cuando se trataba de tus más profundos miedos y esperanzas. Que hace años que me esfuerzo sinceramente por mentirte con el más alto sentido de la responsabilidad. Porque quiero que crezcas siendo alguien lo bastante fuerte como para, más adelante

> decir la verdad, aunque sea incómodo seguir principios de los que puedas querer que se conviertan en ley universal, tener el valor de servir a tu propio entendimiento, confiar en ti misma cuando las reglas dejen de ofrecer fundamento y las preguntas no tengan respuesta, de mirar con esperanza el abismo que separa el deber ser del ser.

Es decir, exactamente lo que Kant deseaba para cualquier ser racional que «la naturaleza expulsa de su seno materno y arroja al vasto mundo».

Sobre todo, desearía que, cuando llegue el momento, des el último paso en tu camino y salgas a la luz: esto es, que cuando seas una persona adulta nunca desees seriamente regresar al «estado cándido y seguro de la infancia»; esto es, que aprendas que tu mayor regalo es la pérdida de la absoluta protección que los niños sienten en brazos de sus padres. Porque esa protección solo es una mentira inventada para nosotros.

Pero para eso aún queda tiempo. Y, hasta que llegue ese momento, me quedaré contigo.

—¿Papá?
—Sí, toda la noche, si es necesario.

¿SUFREN LAS PIEDRAS?
Y POR QUÉ NO ES POSIBLE RESPONDER SIN DOLOR A ESTA PREGUNTA

He estado pensando bastante tiempo y sigo sin poder decir del todo si lo que estás haciendo es jugar o no. Indudablemente hay similitudes importantes, sobre todo con los solitarios; también tiene algo de las canicas, de los dardos y del curlin. Y de vez en cuando me recuerda incluso al lanzamiento de peso. Por otra parte, no hay ganadores, al igual que no hay reglas fijas u objetivos.

¿Qué importa? Nada depende de si es un juego o no. En cualquier caso, es tu ocupación favorita: tirar piedras al lago. Siempre tienes ganas de eso. Estás completamente a solas contigo misma. Nunca te cansas.

Ya ante la simple mención de la palabra «lago» te precipitas jubilosa al pasillo, tú misma te calzas los zapatos, y te los calzas bien, te abrochas el abrigo a la perfección, abres la puerta y sales, de buen humor, con paso firme, cuando por lo general gimoteas y enredas. Y una vez que estamos en la playa de guijarros, pasas horas enteras sin que nadie te tenga que decir nada ni animarte a nada… lo que, de por sí, sería un sueño hecho realidad, si no tuviera que estar todo el tiempo a tu lado y cuidar de que no te caigas al agua.

—¿Por qué te gusta tanto tirar piedras al lago?

—¡Porque chapotean!

—¿Y eso es todo? ¿Nada más?

—¡Es tan bonito!

—¿Te refieres a los círculos?

—¡Las piedras grandes hacen círculos más grandes!

—Y también chapotean más fuerte, ¿verdad?

—¡Sí! Y si tiro dos veces al mismo sitio, ¡las olas son aún más grandes!

Ya has advertido algo esencial de nuestro mundo. Y, tal como lo describes, resulta difícil pensar en una ocupación que sea más instructiva para ti. No hay más que arrodillarse y ver el espectáculo con tus ojos: tirar piedras al lago es hacer música y pintar, es experimentar y meditar, es arte, tecnología y naturaleza en un pequeño lanzamiento. Si se mira con más atención, ese juego alberga incluso una moral superior, porque ¿qué es nuestra vida más que el aprendizaje de que es posible trazar en torno a cada círculo otro aún mayor, y saber que cualquier conocimiento que hoy tenemos por cierto e inalterable mañana sin ir más lejos puede resultar nulo y falso?

—Papá, ¿quieres tú también tirar una piedra?

—No, prefiero mirarte. Lo haces tan bien.

—¡Mira!, ¡he encontrado un rubí!

—¿Un rubí? ¡Enséñamelo! ¿Estás segura?

—Sí, porque tiene un brillo precioso y es rojo. Los rubíes son rojos.

—Y son muy muy valiosos…

—¡Y también salpican!

—¡Ay!, se hunde, ese hermoso rubí. Ya nunca volverá a ver la luz del sol, nunca más brillará rojo en él. ¡Qué pena!

—A-dióóós, buen viaje.

—Dime, ¿no te dan un poco de pena las piedras?

—Noooo. ¿Por qué? No tienen ojos.

—Ajá. ¿Y solo porque no tienen ojos piensas que no pueden sentir nada?

—Tampoco tienen cabeza.

—Pero ¿qué pasa si, aun así, en lo más hondo, pueden tener miedo, sentir dolor?

—No. No pueden.

—Sí que te lo has pensado bien: sin ojos no hay dolor, y sin dolor, no hay compasión. ¿Es así?

—¡Papá!, ¡no son más que piedras!

Suena bastante resuelto. Por el tono. Y sobre todo por el contenido. Justo como si no hubiera dolores sin un comportamiento que se adecue a ellos. No voy a discutir seriamente contigo sobre las piedras. Pero ¿qué pasa con las plantas? ¿Con los árboles? ¿Los moluscos? ¿Las medusas? ¿O

las moscas? Y todo lo que nos rodea aquí en el lago. Esos organismos podrían sentir algo que, al menos, se aproxime a lo que llamamos «dolor», aunque no puedan mostrarnos un rostro desfigurado por el dolor. En último término, la cuestión de si un ser siente dolor o no no depende de una conducta reconocible para nosotros, sino tan solo de lo que ocurre en su interior y puede sentirse de manera concreta.

—¿Me puedes pellizcar un momento?

—¿Por qué?

—Sin más. Quiero probar una cosa.

—Está bien.

—¡Espera! Voy a cerrar los ojos. A la de tres. Uno, dos, tres… ¿Has empezado ya?

—¡Papá!, ¡sé cómo se da un pellizco!

—Sí, está bien…

—¡Aún te puedo pellizcar más!

—¡Ay, no! De verdad que no es necesario. Ya puedes parar. Eso era lo que quería.

—Qué gracioso. ¿Es un juego?

—En realidad, no. Solamente quería comprobar una cosa. Pero, ahora que lo dices, podríamos convertirlo en un juego. Podríamos, por ejemplo, cogernos de los brazos, cerrar los ojos y pellizcarnos el uno al otro. Así sentiríamos exactamente lo mismo al mismo tiempo. Sería divertido, ¿no te parece?

—No quiero. Prefiero tirar piedras.

—Muy bien. Entonces sigue.

Además, no es cierto que en mi juego sintiéramos *el mismo* dolor. Al final, nadie sale de su propia cabeza. Y por eso cada uno es el único que sabe por su más íntima experiencia cómo es el dolor, a qué se refiere la palabra «dolor» y, en última instancia, qué es el dolor. Esto parece muy claro. Visto así, toda la compasión del mundo solo se basaría en una comparación (¡como a mí, a ti!), una comparación cuyo contenido tendrá que ser siempre incierto e imposible de comprobar.

Se trata de una idea inquietante, que turbó tanto a René Descartes que en sus *Meditaciones* consideró seriamente la posibilidad de que, en realidad, todas las personas que le rodeaban podrían no ser más que autómatas sin alma ni sentimientos (ya que no podía meterse dentro de ellos y

comprobar su sensibilidad), lo que, en resumidas cuentas, lo llevaba a la única verdad que como hombre pensante nunca podría poner racionalmente en duda, y es que al menos él —sean como fueren en realidad la vida, el pensamiento y la sensibilidad de otros seres— era un ser que dudaba y que pensaba.

—Pero posiblemente las piedras sí puedan al menos pensar, en completo silencio. ¿Tú que crees?

—¿Las piedras? ¿Pensar? ¿Cómo que pensar?

—Bueno, quiero decir que a veces tú también te quedas pensando para tus adentros, ¿no?

—¡Sí, aquí arriba, en mi cabeza! Siempre runrún.

—Exacto. E igual que tú te quedas pensando, runrún, sin decirme nada, las piedras también podrían estar siempre calladas y pensando, runrún.

—No, papá.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Es que puedes ver dentro de ellas?

—No tienen boca, y no tienen cabeza para pensar.

—¿Y sin eso no se puede?

—No, no se puede.

—Qué bien te lo sabes.

—Mira, papá, la serpiente tiene boca, cabeza y ojos, pero no puede hablar. Y sigue siempre el mismo camino. No es especialmente lista.

—Ajá. Pero qué pasa, por ejemplo, con tu muñeca, Lilly. Tiene ojos, cabeza y boca, se parece a nosotros, y, cuando le aprietas la tripa, incluso habla. Lilly sí puede pensar, ¿no?

—¡No, ella no es de verdad!

—¿Cómo?, ¿no es de verdad?, ¿no es una muñeca de verdad?

—¡No es una persona de verdad!

—Pero a veces la consuelas y hablas con ella… al igual que con una persona.

—Pero ¡solo es un juego!

—Y, además, siempre dice lo mismo cuando la aprietas.

—Sí, eso tampoco es muy inteligente que digamos.

Resumo: para ti, solo lo que tiene ojos y vive puede sentir algo… y merece, por tanto, tu compasión. Y solo estás dispuesta a decir que piensa lo que tiene boca, cabeza, sabe hablar y «no sigue siempre el mismo camino». Y, si te he entendido bien, incluso ves una estrecha relación entre la capacidad de hablar y la peculiaridad de «no seguir siempre

el mismo camino». En cualquier caso, no admites que de alguien que siempre dice lo mismo —da igual lo que se le plantee o se le pregunte— se pueda decir que puede pensar. Y tampoco que pueda pensar de verdad.

No está mal. Si te atienes a esos principios, te ahorrarás, te lo prometo, un montón de problemas en la vida. Sobre todo de los llamados «filosóficos».

¿POR QUÉ LOS PERROS NO SABEN HABLAR?
Y POR QUÉ ANTES O DESPUÉS UNO SE QUEDA SIN SABER QUÉ DECIR ANTE ESTA PREGUNTA

—Bueno, pues me voy. Adiós.
—Sí. Adiódddós.
—De verdad que me voy, tú verás cómo vuelves a casa sola.
—Vale. Adiódddós.
—No creas que voy a volver a recogerte. Me voy. ¡De veras!
—Sí, venga. Adiódddós.

¡Mala! ¡Te tendría que dar un escarmiento. Agarrarte por el cuello del vestido y llevarte a rastras todo el camino hasta casa. Te lo has ganado. Como muy tarde ahora. Al fin y al cabo, sabes muy bien que no voy a dejarte aquí sola junto a la orilla, me tomas como un rehén con tu terquedad, me esclavizas con tu minoría de edad.

No, ahora no voy a recular, ponerme a la altura de tus ojos y apelar una vez más a tu razón. Los argumentos decisivos han sido intercambiados hace mucho. Quiero irme a casa, porque pronto oscurecerá y hará frío y, además, pronto tendrás hambre. Tú prefieres seguir tirando piedras al lago porque quieres tirar piedras al lago. ¿Qué hay que discutir?

—Mira adónde me voy. Me voy a la pasarela, donde se bañan los perros. Adiódddós.
—¿Los perros? ¿Dónde se bañan los perros?
—Aquí delante, en la paaasarela, sobre todo ese que te guuusta tanto…
—¡Espera!, ¡no corras, espera por favor!
—Vale, pero ¡date prisa!

—Es increíble cómo atrapa el palo en el agua. Es un cachorrito, y fíjate lo bien que nada. ¡Y sin manguitos!
—¿Quién le ha enseñado a nadar?
—Nadie. Nadie ha tenido que enseñárselo. Simplemente sabe.

Lo lleva en la sangre, en su naturaleza.

—Yo aún no sé nadar.

—Cierto, pero eso no importa, aún no vas al colegio.

—Sí, eso no importa. ¿Van los perros también al colegio?

—Algunos sí… sobre todo los perros malcriados, para que aprendan a portarse bien, a obedecer y a andar cuando se les ordena.

—Mmm… ¿Allí los perros también aprenden a leer y escribir?

—Eso no. Eso no es para perros.

—¡Claro!, ¡porque no tienen manos!

—Sí, pero ni siquiera es la razón más importante.

—Pueden coger el lápiz con el morro, sería gracioso…

—Es posible, pero nunca aprenderían a escribir. Y tampoco a leer. Porque tampoco aprenderán nunca otra cosa que tú sabes hacer hace mucho.

—¡Bailar ballet!

—No, algo mucho más importante, más esencial. Empieza por «Ha». Hab… Hab…

—Porque ¡no saben hablar!

—Así es, porque no saben hablar. Las personas son los únicos animales de la tierra que saben hablar, ¿no te habías dado cuenta?

—Sí, la abuela siempre me dice: «¡Ay, es que no puedes cerrar la boca!».

—¿Y qué contestas tú?

—Que no puedo cerrar la boca porque soy una niña.

—¿Y qué dice ella entonces?

—Nada.

Muy cierto: el ser humano es el ser que sabe hablar. Eso no se le escapa a ningún ser pensante. A ningún niño y a ninguna abuela. Por eso desde siempre los filósofos han considerado esa capacidad como la verdadera esencia de lo humano. Tal y como Martin Heidegger lo resumía en *¿Qué significa pensar?*: «El mero animal, por ejemplo, un perro, nunca representa algo, no puede poner algo ante *sí mismo*; para eso tendría que percibir*se*. No puede decir “yo”, no puede decir nada. Por el contrario, de acuerdo con la doctrina de la metafísica, el hombre es el animal que representa, que lleva inherente la propiedad de poder decir».

—Papá, ¿por qué los perros no hablan?

—Oh, ¿sabes?, simplemente no hablan. No forma parte de su naturaleza. Tampoco lo necesitan para su vida de perros. Además,

pueden ladrar y aullar, como los lobos. Así: ¡Guau guau guau!

—¡Sí, ladrar es como hablar! ¡Guau guau guau!

—Uno se pregunta qué significa eso de ¡Guau guau guau! ¿Qué crees tú que quieren decir con eso?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Y si me lo preguntas, los perros tampoco lo saben del todo.

—Papá, ¿sabes una cosa? Cuando los perros mueven el rabo, es que están contentos.

—Sí, eso es cierto.

—Y cuando sacan la lengua y hacen «hehehe», es que tienen sed.

—También es cierto. ¿Y qué haces tú cuando sacas la lengua de ese modo?

—Hago como que soy un perro. Oye, papá…

—¿Qué?

—Me gustan mucho los perros. ¿No podríamos tener uno?

—En principio, me gustaría. Pero no puede ser. Porque papá tiene alergia a los perros. Te lo he explicado muchas veces.

—¡Por favor, por favor, papá! Me gustaría tanto tener uno.

—Ya te he explicado que ese gimoteo de por favor, por favor todavía me da más alergia.

—Solo uno. Uno pequeño. ¡Por favor!

—No, no puede ser. ¿Cómo te imaginas que es vivir con un perro?

—Como algo precioso.

—Ajá. Precioso. ¿Y qué harías con el perro, si tuvieras uno?

—Tirarle palos. Jugar. Y salir a pasear. Mi hermana Maya también tiene un perro, en Pupipapi.

—¿Y el perro de Maya sabe hablar?

—Nooo, claro que no. Pero es su mejor amigo.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que tú eras su mejor amiga.

—Mi hermana Maya tiene dos mejores amigos: el perro y yo.

—No me lo creo, eso es totalmente imposible.

—¿Por qué?

—Piensa en todo lo que un perro no puede hacer. ¿Jugar al escondite? ¡No puede! ¿Contar historias? ¡No puede! ¿Jugar a las adivinanzas? ¡No puede! No puede contar chistes, ni planear qué va a hacer mañana, ni contarte sus sueños, ni prometerte nada, ni siquiera puede hacerte una pregunta. Quien no sabe hacer todo eso no puede ser un verdadero amigo. Puedes decírselo de mi parte a tu hermana Maya.

—Oooh. Pero a mí gustan tanto los perros. ¡Por favor! ¡Por favor!

Es inútil. Sencillamente, hay deseos que no se pueden tratar con argumentos. Y, sin duda, el deseo de tener un perro es uno de ellos.

—Dime, ¿por qué crees que las personas pueden hablar?

—¿Porque caminan sobre dos piernas?

—Sí, podría ser por eso. Pero los canguros, por ejemplo, también se sostienen sobre dos patas, y aun así no saben hablar. Así que no puede ser solo por eso.

—Entonces no lo sé.

—Piensa un poco. ¿Por qué hablas conmigo?

—Porque eres mi amigo.

—Esa es una bonita respuesta. Incluso muy bonita. Pero a veces también me preguntas cosas, por ejemplo, quién ha enseñado a nadar a los perros. ¿Por qué lo haces?

—Porque ¡quiero un perro!

—¿Solo por eso? Entonces te diré una cosa, entre amigos. Si es así, no hace falta que sigas preguntándome, porque no va a haber perro.

—¡Y porque soy una ratoncita curiosa!

—Eso ya suena más razonable: hablas conmigo porque eres una ratoncita curiosa.

—¿Nos podemos ir a casa ya?

—Tienes hambre, ¿eh?

—Sí, mucha.

—Pues vamos.

—¡Mira, papá, vuelve nadando!

—Enseguida se va a sacudir, ya verás.

—¡Y lo moja todo! Qué gracioso.

—Un perro es una cosa muy bonita.

—¡Muy bonita!

—¿Sabes?, vamos a hacer una cosa: cuando vayas al cole y hayas aprendido a nadar sin manguitos, volveremos a hablar de si quizá podemos tener un perro.

—¡Oh, sí! ¡Sí! Pero, papá, entonces ¿ya no eres alérgico?

—Sí. Pero eso ya lo veremos. Vayamos por orden. Un problema detrás de otro.

¿POR QUÉ DEBO DISCULPARME?
Y POR QUÉ ESTA PREGUNTA NO ADMITE EXCUSAS

—¡No me mires con esa cara tan acusadora! De haber sido por mí, habríamos llegado a casa hace una hora, y haría mucho que la comida estaría encima de la mesa.

—No te miro. Solo tengo hambre.

—Al arroz ya no le falta mucho, de veras.

—Pero yo tengo hambre.

—Yo también. Pero tenemos que esperar juntos estos diez minutos.

—¿Cuánto son diez minutos?

—No mucho.

—¿Me das una galleta?

—No, algo dulce antes de la comida, ni hablar.

—Pero yo quiero una galleta.

—Y yo te he dicho que no. Lo has oído, ¿verdad?

—Sí, lo he oído.

—¿Y has entendido lo que has oído?

—Sí.

—Entonces está claro. Porque ya sabes que cuando «no» ya no significa no…

—Entonces «sí» tampoco significa sí.

—Exacto, y entonces ya no podríamos entendernos y confiar el uno en el otro. ¿Está claro?

—Sí.

En realidad es muy sencillo. Puedo entender muy bien tus deseos. Mi nivel de azúcar en la sangre está en el punto más bajo, por lo que, sin duda, una galletita de chocolate nos ahorraría unas cuantas cosas durante los próximos diez minutos. Pero no puede ser. No sería lo correcto.

—¿Me puedo tomar al menos una rebanada de pan con salami? ¿Solo una?

—Bueno, en principio no hay nada que objetar a un poco de pan

con salami. Pero ¡deja de balancearte! Al final vas a volcar la silla, y volverá a haber gritos.

—Está bien. Ya paro. Pero ¡ponme el salami con mantequilla!

—Con mantequilla, entendido.

—Y el zumo de manzana con agua, pero ¡sin gas!

—¡Deja ya de balancearte!

—Ay, perdón.

¡Perdón!, ¡bah, me tomas por tonto! Veo con claridad lo que se te pasa por la cabeza: «Sé muy bien que no debo balancearme, pero quiero balancearme, y el viejo está ocupado, me da la espalda, así que no me ve, así que me balanceo y, si me pilla, diré sencillamente: "Perdón"; hasta ahora siempre ha funcionado».

—Y, además, voy a decirte una cosa: hacer de manera consciente algo que se sabe que no se debe hacer, y luego, cuando te pillan, decir solo «Perdón», no es disculparse. ¡Eso no funciona así!

—Está bien.

No está bien. De verdad, no es así como funciona. Las disculpas, no. Y, sin duda, tampoco la explicación de «disculparse». He vuelto a fracasar en todo. Como padre. Ante mí mismo. Ante ti.

—Oye, siento haberte gritado hace un momento. Tengo hambre, ¿sabes?, y cuando tengo hambre me vuelvo irritable, como si me faltara sitio en la cabeza. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí, lo sé.

—Eres muy amable. Pero ¡no hay que balancearse! ¿Entendido?

—Sí.

No es que obedezcas siempre, pero sí que me escuchas… incluso cuando no hablo contigo, sino con otra persona. Tú partes de la base de que empleo las palabras de tal modo que, si las escuchas con atención, pronto te permitirán ocupar tu propio lugar en nuestra comunidad de hablantes.

Y, al menos en mis mejores días, cuando tengo suficiente azúcar en la sangre, intento de manera consciente enseñarte el significado de una palabra nueva. Cuántas veces, por ejemplo, te he llevado a un lado en el parque y te he quitado

una pala que estabas aferrando para explicarte que «esta pala no es nuestra», por lo que «debes devolvérsela» a ese «niño tan amable», al que antes se la has arrebatado con todas tus fuerzas; sobre todo, debes «disculparte» con él porque, al principio, te dio una patada, seguro que «sin querer», y, además, acaba de aprender a «tirar arena» y la arena solo ha ido a parar a tus ojos debido a «desdichadas circunstancias»; luego te he llevado decididamente hasta él para que os «hagáis amigos», os «abracéis» o, al menos, «os deis la mano» y volváis a «quereros», con la esperanza de que en adelante «queráis seguir jugando pacíficamente juntos». Sí: «¡Muy bien!».

Te he enseñado cómo y por qué disculparse, ¿no? Posiblemente. En principio. Entre otras muchas cosas, también esta.

Pero solo ahora que recuerdo de manera consciente estos ejemplos de disculpas —¡Wittgenstein dice que «el trabajo del filósofo es compilar recuerdos para una finalidad determinada»!— se me ocurre que no he descrito y explicado esta situación de cajón de arena tal y como fue descrita, interpretada y resuelta para mí. Más bien he intentado explicarte —como todos los demás padres del parque— lo que significaría «disculparse» en un país cuyos hablantes presuponen tácitamente lo que hace mucho que los adultos ya no creemos: que, en realidad, nadie hace deliberadamente (de manera totalmente consciente, con pleno conocimiento de las circunstancias, voluntariamente) algo malo, erróneo, perjudicial o dañino.

¡Claaaaaas!

—¡Ay!

—Pero ¡bueno! ¿No te he dicho tres veces que dejaras de balancearte?

—Perdón, yo no quería…

—¿Qué? ¿No querías balancearte?

—No…

—Entonces ¿por qué te balanceabas?

—No lo sé, ha sido así. —Solloza.

—¿No te balanceabas aposta, eso es lo que quieres decir?

—No.

—¿Sino que simplemente te balanceabas sin pensar?

—Sí, y entonces, de pronto, el vaso se ha caído.

—Cariño, has chocado contra la mesa con todas tus fuerzas, y por eso el vaso se ha caído al suelo.

—¡Es que estaba casi al borde! —Llora.

—Y si no, ¿no se habría caído?

—¡Yo no lo he puesto en el borde!

—Sino yo. ¿Así que es culpa mía que el vaso se haya roto?

—Sí. ¿Por qué debo disculparme? Yo no quería. Solo tenía hambre.

—Incluso te creo. Ahora cálmate. Yo también voy a tranquilizarme. Lo arreglaremos. Primero voy a recoger todo este desastre. Luego comeremos algo y después ya verás cómo la vida tiene otro color.

—De verdad que yo no quería, lo sabes.

—Sí, sí, lo sé.

¿QUIERES JUGAR CONMIGO?

Y POR QUÉ A ESTA PREGUNTA HABRÍA, POR REGLA GENERAL, QUE CONTESTAR QUE SÍ

Otra vez vuelves a tener un buen trajín en tu rincón. Como suele pasar cuando juegas al parchís con tu amiga y hermana imaginaria Maya. O, mejor dicho, cuando —tirando un dado de vez en cuando y animándolas a voz en cuello— desplazas de casilla en casilla fichas de colores a discreción.

—¿Qué es eso tan bonito que estáis haciendo?

—Jugamos al parchís, ¿no lo ves?

—Sí, se ve claramente. ¿Y quién gana?

—¡Yo, claro!

—Ajá, ¿y qué dice tu hermana Maya de que siempre ganes?

—Le gusta. ¿Quieres jugar tú también?

—En principio, sí. Solo que preferiría jugar solo contigo. ¿Sabes?, cuando está tu hermana Maya, con los tres, resulta un poco complicado.

—Bien, de todos modos, mi hermana iba a dejar de jugar ahora. —Cuchichea.

—Estupendo, entonces empecemos. Pero con una condición: nada de gritos, nada de llantos y nada de aspavientos. Jugaremos tranquilos y relajados, ¿de acuerdo?

—¡Sí, sí, no hace falta que lo sigas diciendo!

No hay nada que hacer. Hasta ahora no hemos terminado ni una sola partida. Al cabo, como mucho, de diez minutos, te desconcentras. Y como, por lo general, en ese momento te has quedado atrás sin remedio, interrumpes el juego adrede: tiras el dado contra la pared, dejas caer las fichas y todo lo demás.

Ni siquiera puedo reprochártelo. Saber perder no resulta fácil. Es exactamente igual que saber ganar. Me temo que de mí no vas a aprender ni lo uno ni lo otro.

—¡Yo llevo las azules! ¡El azul es mi color favorito!
—Muy bien, yo llevo las rojas.
—¿Y quién hace de árbitro?
—En el parchís no hay árbitro.
—Pero, papá, de todos modos, puedes ser el árbitro.
—Claro que puedo, no hay problema.
—¡Yo empiezo!
—Normalmente eso se echa a suertes. Pero, vale, como eres la más joven de la mesa, ¡comienza tú!

Así se empieza, con la relajación de las reglas del juego para adaptarlas a la edad del niño. El trato particular de siempre, favorable y desastroso a un tiempo. Si no tengo muchísimo cuidado, tu ego deslumbrado por el narcisismo sacará la conclusión de que de veras es alguien especial, alguien a quien se aplican reglas distintas, que puede permitírselo todo.

—¿Cuánto es esto?
—Cuenta tú misma los puntos y lo sabrás.
—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Seis!
—Seis quiere decir que puedes salir.
—¡Yujuuu!
—Y también puedes tirar otra vez.
—Tres, es un tres. Uno, dos, tres…
—Espera, no tan deprisa. ¡Solo puedes avanzar una casilla por cada tirada! Así: uno, dos, tres. Tienes que ir ahí.
—¡Es lo que yo decía!

Claro que lo decías. O lo dices. En realidad, a mí me da igual si lo has dicho o no. Lo que importa es el *pack* educativo completo: debes aprender a concentrarte, a practicar los números jugando; aprender a interpretar un dado, qué es una «casilla» y una «tirada de inicio», las reglas del juego y qué es tan siquiera una «regla», la aplicación a la psicomotricidad fina de ese conocimiento y, por último, pero no menos importante, todos los pequeños rituales de la queja y la broma, de picarse y engañar, de hacer fintas y trampas, de fanfarronear y tomar el pelo… Todo el hermoso y amplio mundo de los juegos de mesa.

—¡Ay, ay, ay! Pinta mal para mí. Ya tienes en juego tres fichas, y yo solo una.

—¡Papá, es que soy tan bueeena!

—Sí que lo eres. Pero, si saco un tres, la cosa va a cambiar. Así que: ¡dados, daditos, sacadme un tresecito! ¡Qué te parece! Un tres. ¡Adiós y buen viaje, señora de azul! ¡De vuelta a la casilla de salida!

—¡Oh, no, eres malo!

—No soy malo. Mira, tengo incluso que empujarte. No me queda más remedio.

—Mmm… Ahora un seis, dados, daditos, un seis…

—Cinco.

—Papá, ¿puedo tirar otra vez?

—No, siempre es por turnos. Mueve tu cinco, y me volverá a tocar a mí.

—¡Qué rabia, yo quiero tirar otra vez!

—Lo siento. Así son las reglas.

Y no intentes decirme que no sabías exactamente lo que decían las reglas. No quiero ni imaginar el baile que ibas a representar para mí, si me atreviera a considerar siquiera la idea de repetir la tirada.

¿Cómo te he enseñado esas reglas? Admito que no te he leído las reglas del juego. Más bien te he enseñado las reglas como te he enseñado todo lo que has aprendido de mí en tu vida, incluso a hablar nuestra lengua.

En el proceso del propio juego, mediante *ejemplos* y mediante la *práctica*. Simplemente yo lo hago como se hace y tú me imitas, influyo en ti mediante expresiones de asentimiento, de rechazo, de expectativa, de aliento, y tú modificas tu conducta conforme a ellas. Te dejo hacer —según y cómo—, o te freno… Así son las cosas entre nosotros dos, siempre en tira y afloja, desde que naciste. Nada es más fácil, nada es más natural que eso.

Y, sin embargo, en cuanto empiezo a pensarlo me parece, una y otra vez, el mayor milagro de todos: tu capacidad de aprender una regla… de forma tan autónoma, para ti, de dar el paso decisivo de lo finito a lo infinito. Porque eso es lo que significa *haber aprendido una regla*: estar en condiciones de aplicar, sobre la base de un *número finito* de ejemplos, la conducta aprendida en adelante y de manera autónoma a *un número infinito de otros casos parecidos y relevantes*.

¿Cómo logras siempre sacar las conclusiones correctas de

mis ejemplos? No lo sé. De verdad que no lo sé. Solo sé una cosa con seguridad: yo no te he enseñado *esa* capacidad.

—Pero yo quiero volver a tirar. ¡Si no, es un asco!

—Haz el favor de no utilizar esas palabras. Aquí al «asco» no se le ha perdido nada. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Quiero volver a tirar!

—Pero no puede ser. ¿Quieres que te lea palabra por palabras las reglas del juego? Así es como se juega al parchís. Siempre se tira por turnos. No puedo hacer nada.

—¿Dónde están las reglas del juego?

Ven. Esto sí que es un asco. Ni idea dónde están las reglas del juego. Han desaparecido, son inencontrables. Y desde hace ya más de treinta y cinco años. Mira el tablero. ¡Es una herencia! En este tablero hemos jugado mi hermana y yo innumerables partidas. ¡Me darían una fortuna por él en eBay!

Además, no recuerdo que mis padres nos leyeran nunca ningunas reglas del juego. Ni que yo preguntara jamás por ellas. Y hemos jugado montones de veces al parchís, y puedo asegurarte que no fue fácil. Cada vez acabábamos en lo mismo.

—Muy bien, muy bien, si de verdad te sientes injustamente tratada y exiges volver a tirar, llamaré a la asociación internacional de parchís, al árbitro designado oficialmente por la federación de Zúrich, para aclarar la situación, y le preguntaré por teléfono cuál es la regla vinculante. Así te quedarás tranquila.

—¡Papá!, ¡no vas a hacer eso!

—Sí. Eso es lo que voy a hacer ahora mismo. Voy a llamar. Mira, aquí está el teléfono. Por supuesto, me sé el número de memoria, vamos a aclarar este asunto ahora mismo:

—Hola, hola, ¿es la asociación internacional de parchís? Muy bien, disculpen la molestia, pero tengo una pregunta importante: mi hija ha sacado un cinco. ¿Qué? Sí, un cinco, C-I-N-C-O, y le hubiera gustado sacar un seis. ¿Qué les parece a ustedes?, ¿puede intentarlo otra vez, esto es, dos veces seguidas?, ¿comprenden? Sí… sí… Que no aceptan ustedes excepciones, ajá, por la protección del propio juego, mmm, de la idea del juego… entiendo, mmm, institución, mmm, sí, sí, las reglas son para todos, siempre, mmm, ajá, entiendo, podría venir cualquiera y… mmm, sí, sí, sí entiendo, bien, está bien, sí, se lo diré, muchas gracias a

ustedes… Hasta la próxima vez, de acuerdo, ¡un saludo!

—Pues ya lo has oído: no hay nada que hacer, las reglas son absolutamente claras. No están previstas las excepciones. Me han comentado que te lo diga.

—¡Papá, eres taaan tonto!

—No soy tonto, tú has empezado. Yo solo quería dejar claro que…

—¡Ay, sigue jugando de una vez!

—Bien, no hablemos más de esto. ¿A quién le tocaba? Creo que te tocaba a ti. ¡Tira!

—¡Cuatro!

—¡Qué mala suerte! Mira, ahora con el cuatro me puedes comer…

—Papá, quiero mover otra ficha.

—Muy bien, pero yo ya he llegado casi a casa. Si no te comes ahora a mi ficha roja, te garantizo que ya no la pillas. Tendré la primera ficha dentro… ¡e iré ganando!

—Pero ¡es que yo prefiero mover la otra!

—Eres tú la que decides, solo quería… Pero, como te digo, es asunto tuyo.

—Sí.

Muy bien. Vuelvo a ganar. No soy yo el que dentro de, como mucho, tres minutos se va a tirar llorando al suelo. Además, tienes toda la razón: hasta donde yo sé, en ninguna parte está escrito que *tengas* que comerte mi ficha ahora. No es una regla, al menos no del tipo que establece qué movimientos están permitidos o prohibidos. Por supuesto, sería *inteligente*, razonable con estrategia, qué digo: ¡forzoso! Pero eso es todo.

Y no es poco. Quiero decir que, si jugáramos una partida de parchís en la que cada jugador se atuviera de manera modélica a las reglas, pero evitara siempre comerse a otro, ¿seguiríamos llamándolo «parchís»?

Seguro que no. Sería otro juego, un juego *nuevo*. De donde solo puedo deducir que no son solo las reglas del juego las que hacen del juego lo que es, sino también los principios estratégicos y las máximas tácticas que se derivan de querer ganar el juego. Y, al contrario de las reglas que establecen qué jugadas están permitidas y cuáles no, estas reglas de esta segunda clase no son claramente indicaciones de las que, con independencia de la situación del juego, pueda decirse

exactamente cuándo y cómo habría que seguirlas.

Para aclarar de manera definitiva la cuestión de si tienes que atenerte a la máxima, «en caso de duda, hay que comer ficha», tendría que describir a los caballeros del teléfono de atención al cliente toda la situación con todos los detalles, y, en un caso grave, no me serviría ningún experto en reglas de la sección inferior, no, si la cosa se pone fea, necesitaría un auténtico experto, a poder ser un antiguo campeón, con experiencia propia en el juego y *juicio* ejercitado… o al menos alguien que tenga en su oficina un potente ordenador.

Suponiendo siempre que se quiera ganar la partida. Ganarla a toda costa. Como tú. Vuelve a temblarte el labio superior. La señal segura, y ahora vuelvo a sacar un seis. Y luego un cinco. Se acabó. Ya solo un milagro puede salvarnos.

—¿Qué miras, no te encuentras bien?

—No, papá, estoy bien.

—Algo te pasa.

—No, no, déjame, estoy bien.

—¿Y entonces por qué no tiras?

—Oye, papá…

—Sí, ¿qué pasa?

—¡Tengo que ir a hacer caca!

—Caca: ¡muy bien! No hay problema, ve, te guardo el sitio. O espera, espera un momento, nunca se me ha presentado ese caso como árbitro. Voy a llamar otra vez por teléfono, a ver si está permitido: sí, hola, soy yo otra vez. Tengo otra pregunta. Aquí hay una niña que tiene que hacer caca, sí, durante el juego, exacto.

—¡Es urgeeeenteee!

—Perdón, tiene que hacer caca urgentemente, parece que no es una pausa táctica… ¡ve, antes de que ocurra una desgracia!… sí, sí, entiendo, norma superior número uno en el caso de niños menores de diez años: «¡Caca siempre está permitida!», sí, «a no ser que se trate de un campeonato oficial», pues en ese caso hay reglas especiales… Sí, sí, entiendo, no es el nuestro. ¡Muchas gracias! No volverá a ocurrir.

—¿Has oído, cariño?, ir a hacer caca siempre está permitido. La verdad es que es lógico. ¡Tómate tu tiempo!

—¡Bieeen! ¡Entendido!

¿QUÉ HABRÍA PASADO SI NO HUBIERAS CONOCIDO A MAMÁ?

DE MUNDOS IMPOSIBLES Y AMORES POSIBLES

—¿Por qué estás tan callada? ¿Todavía estás molesta por lo de antes?

—No, solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Cosas. Cosas mías.

—¿Qué cosas? Súbete a mis rodillas y cuéntamelas.

—Papá…

—¿Sí?

—¿Qué habría pasado si no hubieras conocido a mamá?

—¿Si no hubiera conocido a mamá? ¿A qué te refieres?

—¿Existiría yo?

—Mmm… No, no existirías. Eso puedo decírtelo con bastante certeza. Porque, ¿sabes?, cada niño es absolutamente único. Y la forma especial en que es único depende de quiénes son sus padres. Tal como eres, tú solo existes porque mamá y yo nos conocimos entonces, en aquella pizzería… Ya te hemos contado la historia muchas veces.

—Sí.

—Exacto. Y, si ese encuentro nunca se hubiera producido, sencillamente tú no existirías.

—Eso había pensado yo.

—Habías pensado bien.

Y por primera vez en esta forma, hasta donde yo sé. Tenía que llegar el día. Ahora tú también oyes esa voz dentro de tu cabeza que te pregunta qué habría podido ocurrir. Seguirá contigo, desde ahora te susurrará todos los días las preguntas más sencillas y las más inquietantes, y con cada nueva pregunta te pondrá un nuevo mundo posible frente a ti… y ni uno solo de esos mundos será el tuyo. Esa voz puede llevarte a la locura. Como un demonio.

No, no tenía por qué entrar en aquella pizzería. Tu madre y

yo hemos repasado aquella escena miles de veces: nada en nuestro encuentro fue necesario, ni remotamente probable. Y lo que sirve para nosotros sirve para todo lo que existe. ¿Sabes?, el mundo en que vivimos está hecho solo de cosas que no habrían tenido por qué ser. Nada existen necesariamente. De todo lo que nos rodea o ha ocurrido, al menos podríamos imaginar, sin temor a contradecirnos, que pudo ocurrir o no. Cualquier persona puede. Cualquier niño. Con ojos asombrados.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa pregunta?

—No sé.

—No te creo. Las preguntas nunca son casuales. Siempre hay una razón.

—Papá, ¿va a volver mamá?

—Pero claro. Esta tarde, en cuanto termine de trabajar. Como siempre.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. ¿Por qué no iba a volver?

—¿Ya no está enfadada contigo?

—No. ¿Por qué?

—Porque ayer discutisteis.

—¿Porque discutimos? Ah, vaya, ahora lo entiendo: nos oíste anoche desde tu habitación.

—Sí.

—Y no te gustó, ¿eh?

—No, no fue bonito.

—No fue una discusión grave. Me había vuelto a olvidar de meter la mantequilla en la nevera y mamá se enfadó bastante. Estaba cansada, ¿sabes?, y yo también. Y una cosa llevó a la otra. Eso fue todo.

Casi todo. Tu madre ha gruñido que las cosas no iban a seguir sin más de esta manera, y ha interpretado mi despiste como un indicio de un continuo e intencionado desprecio hacia ella, en particular a su aspiración a tener una casa mínimamente ordenada… Así que algo serio, para quien haya escuchado bien.

De verdad me gustaría haber puesto la mantequilla en la nevera. Porque, al parecer, para ti, tapada con tu manta, nuestra pelea fue lo bastante traumática como para abrir una grieta en tu alma, lo que, por primera vez, te ha abierto los

ojos a la posibilidad del fin de tu mundo, y te ha llevado, en un segundo paso, a imaginar un mundo en el que tú, y nosotros discutiendo, no existiríamos. ¿No ha sido así?

Y, quién sabe, quizá en mis contestaciones de ayer por la noche has escuchado, de hecho, el ardiente deseo de una vida en la que nunca hubiera conocido a tu madre y nunca te hubiera engendrado a ti… una maldición de mi vida cotidiana.

No lo dije con esa intención. Y tampoco lo pensé. Aunque no voy a negar que ayer oí susurrar a ese demonio del que Nietzsche escribe que se desliza por las noches y nos busca en nuestras horas más solitarias para anunciarnos el fin de todos los mundos posibles. «Qué pasaría» si, un día, el demonio te dijera: «Esta vida, tal como la vives ahora y tal como la has vivido, la tendrás que vivir una vez más e incontables veces más; y no habrá nada nuevo en ella, sino que cada dolor y cada placer y cada pensamiento y suspiro y todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida tendrá que retornar a ti, y todo en la misma serie y la misma sucesión». Con lo que esa voz nos pone ante la peor de todas las preguntas: «¿Quieres esto otra vez e innumerables veces más?».

En cualquier caso, ayer por la noche tuve una cosa clara: una vida a la que quisiera decir «Sí» todos los días sería una vida feliz. Y un matrimonio al que todos los días quisiera libremente decir «Sí», un matrimonio feliz… aunque probablemente no cotidiano.

—De verdad que no tienes de qué preocuparte. Mamá volverá. Seguro. De vez en cuando tú y yo discutimos y aun así nos queremos, ¿no?

—Sí, eso es verdad.

—Es lo mismo que pasa con mamá y conmigo.

—Solo preguntaba. Porque yo quiero mucho a mamá.

—Claro, lo comprendo. Yo también quiero a mamá.

¿Cómo sería mi mundo sin vosotras? Apenas puedo imaginarlo. Mi contacto con ese posible yo sería como el contacto con los viejos amigos que desde hace mucho tiempo no he vuelto a ver, y que no estoy seguro de querer que se sienten a mi mesa. ¿Podría explicarles por qué ya no quiero

imaginar una vida sin ti? ¿O es que —como todos los demás padres que conozco— soy incapaz de formular de modo satisfactorio por qué la idea de una vida sin niños ya no tiene sentido ni se desea?

—¿Cómo reconociste a mamá?

—¿Quieres decir en la pizzería?

—Sí.

—No la reconocí. ¿Cómo iba a reconocerla? Era la primera vez que la veía.

—Ah, claro.

—Por otra parte, tienes razón, porque desde el primer momento me resultó extrañamente familiar. Eso pasa muy pocas veces en la vida, esa sensación, esa idea: dios, qué simpática es, me gusta, me entiende… es como si la conociera desde siempre.

—¡A mí me gusta Noah! Noah es mi amigo.

—Sí, lo sé, te gustó desde el primer momento. Y a mamá y a mí nos pasó algo parecido. Solo que un poco más fuerte. Yo diría incluso que mucho más fuerte. No me sorprende, éramos un poco más mayores.

—¿Os besasteis?

—¿La primera noche? No. ¡Qué te has creído! Más adelante, sí, claro. ¡En la boca!

—¡Yo también he besado a Noah!

—Ajá. Eso es muy interesante. ¿Y cómo ha reaccionado?

—No quería. Ha gritado y ha salido corriendo. Ha sido un idiota.

—Puede que aún no fuera el momento. Mamá no salió corriendo. Y creo que tampoco le pareció algo idiota. Al contrario. Fue bonito. Es un poquito mágico sentirse atraído, no poder separarse…

—¿Por qué?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Es que acaso no quieres a mamá?

—Claro que sí, papá.

—Y tú también quieres que te haga mimos todos los días, ¿no? ¡Mi-mos todos los días!

—¡Sí!

—¿Y por qué?

—Porque me gusta mucho.

—Exacto. No hay ninguna razón mejor que esa. A mí me pasa igual. Simplemente, quiero a mamá. La sigo queriendo. Y creo incluso que puedo explicarte por qué. Tiene algo que ver con las personas-bola.

—¿Con quién?

—¿Nunca te he contado que hace mucho mucho tiempo todos los humanos tenían forma de bola y andaban rodando por el mundo?

—¿Bola? ¡Qué tontería, papá!

—De verdad, es cierto. No hay ninguna duda. Me lo contó el abuelo, y a él se lo contó su abuelo, al que se lo había contado el suyo, y así hasta el principio de los tiempos. Es una historia antiquísima, y, por tanto, absolutamente fiable.

—Pero ¿por qué bolas?

—Bueno, en aquel tiempo la forma de los humanos era distinta, porque cada persona, en realidad, estaba formada por dos personas.

—¿Por dos personas?

—Sí, en la mayoría de los casos una mujer y un hombre. Las dos habían crecido juntas, pegadas por la espalda, y por eso la cabeza tenía dos caras, que miraban en direcciones opuestas.

—¡Ja, ja, qué gracioso!

—Cada persona bola tenía cuatro orejas, dos en cada mitad; naturalmente, el cuerpo tenía cuatro brazos y cuatro piernas, y todo lo demás también doble, como te puedes imaginar. Como tenían cuatro brazos y cuatro piernas, esas personas no caminaban erguidas como nosotros hoy, sino que rodaban por ahí sobre los cuatro brazos y piernas, como los gimnastas cuando hacen la rueda.

—¡Mi hermana Maya también sabe hacer la rueda!

—Claro que sabe. ¿Y tú?

—Yo también. Casi. ¡Mira!

—No está mal. Más o menos así sería entonces. Pero, naturalmente, las personas-bola tenían más práctica. Se movían rápido como el rayo, mucho más deprisa de lo que nosotros corremos ahora. Además, tenían una enorme fuerza, claro, al tener cuatro brazos, y siempre estaban de un humor espléndido, porque nunca se sentían solos; en fin, les iba muy bien, eran los seres más felices del mundo. Y por eso, justo por eso, dicen que los dioses, que estaban en el cielo, se molestaron.

—¿Qué dioses?

—Ya no me acuerdo bien de los nombres exactos. De todos modos entonces aún había muchos dioses en lugar de uno. Puedes preguntarle a la tía Gisela. Sobre todo el dios más importante de entonces estaba enfadado con las personas-bola, enfadado de verdad.

—¿Por qué? No le habían hecho nada.

—Exacto. Ese era el problema. Las personas-bola estaban tan contentas y satisfechas consigo mismas que ya no se ocupaban de

sus dioses, no los veneraban lo suficiente. Ni siquiera se planteaban pensamientos profundos, ni trabajaban, no tenían otra cosa en la cabeza que hacer muecas, nada más que dar vueltas. Y por eso un día el dios más importante decidió: «¡Basta! ¡Esto no puede seguir así!».

—¡Oh!

—Ya puedes decirlo. Porque había decidido lo siguiente: «Voy a partir en dos a las personas-bola, y desde ahora irán sobre dos piernas. Ya veremos entonces cómo se las arreglan». Y eso fue lo que hizo. Cogió a las personas-bola y las separó, una tras otra, hasta que al final cada mitad quedó sola en el mundo, la mayoría de las veces convertida en una mujer sola y un hombre solo, sobre dos piernas… como ahora.

—¿No sangraron?

—No. ¿Sabes?, el dios más importante no quería hacerles daño. Por eso los separó con mucho cuidado, imagínate una mandarina, que se puede partir en dos con cuidado. Y ya te puedes suponer las consecuencias.

—¿Por qué?, ¿qué pasó?

—Muy sencillo. Desde aquel día, cada persona anda por el mundo convertida en la mitad, empujada siempre por la nostalgia de su mitad perdida. Por eso cuando dos personas que entonces eran una persona-bola se cruzan, la mayoría de las veces se reconocen bastante deprisa, se acuerdan de los hermosos tiempos de antaño y vuelven a quererse, quieren estar juntas, no separarse ya más… y de vez en cuando rodar juntas por ahí.

—Ah. ¡También me gusta Patrick!

—¿Patrick? A ese no lo conozco.

—Es nuevo en nuestro grupo de gimnasia.

—Tienes que presentármelo. Pero yo solo te he contado esto para que comprendas por qué tuve una buena sensación con mamá desde el primer momento, ¿entiendes?

—Sí, papá, pero ¿yo también era entonces una bola?

—Pues claro… ¡dentro de la tripa de mamá! Tú misma has visto las fotos. Eras redonda como una bola. Más redonda no se puede ser. Porque las personas-bola engendran personas-bola, así es aquí en la Tierra.

—Pero qué… qué…

—¿Qué ha pasado con tu otra mitad?

—Sí.

—Bueno, ¿cómo voy a saberlo? Tendrás que encontrarla tú. Posiblemente sea ese Patrick. O Noah. Te darás cuenta cuando la hayas encontrado. Primero date una vuelta por el mundo. Hay tanta gente… No debes precipitarte.

—Pero tengo un poquito de miedo, papá, porque ese dios puede volver a separaros a mamá y a ti, ¿no? Como entonces.

—Pero no lo hará. En absoluto. A no ser, por supuesto, que hagamos demasiadas tonterías y, como entonces, no hagamos nada más que dar vueltas. Pero nosotros no vamos a hacer eso. Mamá y yo somos muy razonables, ¿no te parece?

—Sí. Solo os ponéis tontos los sábados por la mañana, cuando no queréis levantaros.

—Todo tiene su razón, créeme. Gran palabra de honor de persona-bola.

¿VOLVEMOS A SER AMIGOS?
Y POR QUÉ ESTA PREGUNTA NOS HACE FELICES

No discutamos otra vez. No creo ser capaz de mantenerte alejada de toda la estupidez de este mundo, pero ya deberías entender que hay regalos de cumpleaños más razonables que el crucero de lujo de color rosa de una rubia de plástico. ¿Por qué me irrito? Aún no sabes muy bien lo que dices. Dos o tres veces al día, declaras terminada nuestra relación: «Ya no eres mi amigo». Es decir: «Me enfada que no hagas realidad enseguida todos y cada uno de mis deseos».

Por supuesto que no. Esa es exactamente mi obligación. Y más cuando se trata de deseos que, en realidad, no son los tuyos. Estaba presente la semana pasada, cuando tu amiga Anita desempaquetó ante todos los niños del cumpleaños el gigantesco regalo de su madrina, vi a Anita bailar de alegría, vi el brillo en tus ojos y también el horror en el rostro de su madre.

Desde entonces, el deseo del barco de lujo se ha extendido como una enfermedad por tu grupo. Contigo a la cabeza, como voluntarioso carnero-guía de vuestro pequeño rebaño de consumistas. No, ya puedes chillar y patalear todo lo que quieras: tu madre y yo no vamos a permitir que durante los próximos años tengas como modelo de roles a una tonta bulímica. Antes te regalaremos un perro. Al menos comen de manera decente.

—Deja de darme patadas. Me haces daño. Además, no se dan patadas a los padres.

—¡Tonto! ¡Tonto! ¡Ya no eres mi amigo!

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué significa, en concreto? ¿Que no vas a volver a invitarme a tu cumpleaños?

—No, no vas a venir.

—Entonces tampoco podrás invitar a mamá. En este asunto está completamente de acuerdo conmigo.

—Entonces mamá también es tonta.

—¿Así que vas a celebrar tu cumpleaños sin mamá y papá?

—Sí.

—Me parece un poco desagradecido por tu parte, cuando acabamos de decir que, si no fuera por nosotros, ni siquiera estarías en el mundo.

—Pero, si sois así de tontos, no voy a invitaros.

—¿Dónde vamos a estar durante la fiesta? ¡Al fin y al cabo, vivimos aquí!

—Pues ¡marchaos!

—Además, ¿quién va a traer la tarta de la cocina al salón? ¿Y quién encenderá las velas? ¿Va a hacerlo tu hermana Maya?

—Nooooo.

—Solo pregunto. Al fin y al cabo, mamá y papá quieren que tengas una bonita fiesta de cumpleaños.

—Pues ¡la celebraré en casa de Anita!

Se alegrarán. Sobre todo la madre de Anita.

¿Quieres poner fin a tu amistad conmigo? Aún no hemos llegado a eso, mi pequeña. Porque la verdadera amistad solamente es posible entre iguales. Puedes leerlo en Aristóteles, en un libro en el que el filósofo explica a su hijo Nicómaco lo que significa llevar una vida feliz y plena.

Si de veras te tratase como a una amiga, no aguantaríamos ni un solo día juntos… probablemente ni siquiera sobreviviríamos a ese día. Nuestra relación no se basa en otra cosa que en la desigualdad o, para decirlo con palabras de Aristóteles: «Porque la asociación de un padre con los hijos es una forma de monarquía —el padre se ocupa de los hijos—. Por eso ya Homero llama “padre” a Zeus».

Zeus. Exacto. Lo que, en caso de duda, significa que no dudaré en imponer mi poder y apartarte o separarte de los falsos amigos.

—Y entonces ¿a quién vas a invitar? ¿A Patrick, el de clase de gimnasia?

—Sí, me gusta hacer gimnasia con él. Es mi amigo.

—Muy bien, Patrick, tu amigo de gimnasia, viene. ¿Quién más?

—Anita, porque tiene unos juguetes preciosos.

—¿También te gusta Anita, o solo sus juguetes?

—Me gusta mucho jugar con ella.

—Entiendo. Y qué pasa con Paul, él te invitó a su cumpleaños.

—No, la semana pasada me tiró del pelo. No puede venir.

—Tu cumpleaños es dentro de dos meses. Puede que vuestra relación ya haya mejorado.

—Paul ya no es mi amigo. Pero voy a invitar a Pia, Eva y Charlotte, que son mis mejores amigas.

—Claro, ellas no pueden faltar. Y Noah, cuando se cure.

—Claro. ¡Noah! ¡Me había olvidado de él!

—Ya ves lo bueno que es tenerme a tu lado.

Aristóteles dice que los amigos fomentan sobre todo el propio pensamiento, porque, bien entendido, son el mayor bien que existe en la vida de una persona, «pues sin amigos nadie desearía vivir[,] aunque poseyera todos los demás bienes». Y, ya que está en eso, Aristóteles expone a su hijo otro estado por el que ninguna persona razonable optaría voluntariamente nunca: «Nadie elegiría seguir viviendo toda la vida con la mente de un niño por más que sienta un extraordinario placer con las mismas cosas que los niños».

De lo que se desprenden unas cuántas cosas. Para Nicómaco. Y posiblemente también para ti. Porque la educación aristotélica para una vida feliz sigue el sencillo ideal de educar a los niños para ser personas que sepan cultivar las amistades. Y amistades que no se basen ni en la rápida obtención de placer ni en la utilidad recíproca, sino en la buena voluntad y la alegría por la virtud del otro. Por eso, con Aristóteles es fácil indicar de manera sencilla en qué vas a convertirte un día: en amiga de buenas personas. El resto de tu suerte, piensa el filósofo, ya se decidirá.

—Seguro que a todos les gustará venir a tu fiesta.

—¡Y traerán regalos!

—Sí, regalos. Pero sobre todo lo celebrarán contigo, se alegrarán de que existas. Porque estar en el mundo es bonito, ¿no?

—¡Sí, a mí me gusta estar en el mundo!

—Me alegra oír eso.

—Y, papá, cuando llegue la tarta, todos cantarán: «¡Cumpleaños feliz!».

—Exacto. Porque eso es lo que los amigos de verdad desean: salud, felicidad, alegría y que se hagan realidad todos tus deseos. Y, si eso sucede, se alegran por ti como si sus propios deseos se hubieran hecho realidad. En eso se distingue a los verdaderos amigos.

—Quizá Anita me regale el barco de la Barbie.

—Ya veremos.

—¡O la abuela!

—¡La abuela! ¡Dios mío, claro, tienes que invitar también a la abuela!

—Sí, la abuela también es mi amiga.

—Pero si invitas a la abuela tendrás que invitar también a mamá, ella también se alegra de que estés en el mundo y solo quiere lo mejor para ti, al igual que yo.

—Mmm… Eso tengo que pensarlo.

Hazlo. Nuestra amistad aún está en sus comienzos. Porque, salvando todas las distancias, ni siquiera nuestro padre Aristóteles negará que ambos estamos ya unidos por la amistad, cuando escribe: «Cuando los hijos proporcionan a sus padres lo que deben, y los padres a sus hijos lo que se debe a la prole, la amistad entre estos será duradera y buena».

Visto así, el secreto de tu educación lograda estaría simple y llanamente en el paso de nuestra amistad a una amistad entre iguales. Y ese paso solo se logrará —si creemos a Aristóteles— mediante el continuo cuidado de nuestra amistad, al compartir la vida cotidiana y las conversaciones, sobre todo aquellas sobre nuestros grandes y pequeños deseos, sobre nuestras preferencias y peculiaridades, sobre aquello que nos alegra o entristece, maravilla o asombra; naturalmente, también sobre aquello que da cohesión a nuestro mundo… conversaciones filosóficas, en el más amplio de los sentidos. Tal y como Aristóteles lo ve, los amigos no pueden evitar, antes o después, acabar filosofando. Por supuesto, sigue habiendo un problema:

—¿Sigues enfadada?

—Ya no tanto.

—Bien. Encontraremos algo de lo que podamos hablar, ¿no?

—Sí, porque eres mi papá.

—¡Y tu amigo! Por favor, no lo olvides, también soy tu amigo.

¿POR QUÉ HAY TANTOS LIBROS?
Y EN QUÉ LIBRO HABRÍA QUE ENCONTRAR LA RESPUESTA

Dios, simplemente no hay ninguna puerta que pueda detenerte.

—Papá, tienes más libros que yo.

—Cierto. Llevo más tiempo acumulándolos.

—¿Los has leído todos?

—Muchos. Pero no, todos no. ¿Cómo voy a hacerlo, si andas todo el día detrás de mí?

—Solo quería saberlo.

—Está bien. De todos modos, con los libros lo que importa no es el número. Más bien se trata de escoger los adecuados… los que encajan con nosotros, los que nos hablan. Es como encontrar un buen amigo. También hace falta suerte. Nadie, ¿sabes?, puede leer todos los libros. Sencillamente, hay demasiados.

—¿Cuántos?

—¿En total? ¿En todo el mundo?

—Sí.

—No sabría decírtelo. Puede que tantos como niños.

—¿Tantos?

—Sí, puede que sea más o menos así. Por cada niño en el mundo, un libro. Y todos los días se añaden otros. Como los niños.

—¿Y por qué hay tantos libros?

—¡Empieza mejor por explicarme por qué hay tantos niños!

—No lo sé. Pasa cuando las mujeres encuentran a un hombre.

—Sí, puedo dar de fe de eso.

—Y, papá, todos los niños tienen que aprender a leer.

—Entiendo, y por eso hay tantos libros.

—Sí.

—Además, a los niños no les gusta que todos los días les lean el mismo libro.

—Eso sería aburrido.

—Claro. Tiene que haber variedad. Y lo que sirve para los niños también sirve para los adultos. Estos a su vez suelen querer cosas nuevas.

—Sí, tía Gisela me lee siempre historias distintas de las tuyas.

—Me lo imagino. Y, además, hay libros que no cuentan historias, sino que tratan de hechos, de cosas que han pasado… libros científicos. También hay nuevos libros de esos todos los días, porque las personas investigan cosas nuevas todos los días.

—Sí. Pronto voy a estudiarlo en el colegio.

—Exacto. En el colegio.

Tienes que hacerlo. En nuestra casa no hay gran cosa que tenga que ver con la ciencia pura. Tu padre suele interesarse por cosas que no existen. Ficciones, en el sentido más amplio del término. Lo que tienes delante son casi exclusivamente obras de personas que estaban lo bastante insatisfechas con la llamada realidad como para emplear una buena parte de su existencia en el esbozo de una propuesta detallada de alternativa. Propuestas que a su vez leerían otras existencias lo bastante insatisfechas, con similares deseos.

¿Por qué hay tantos libros? Porque, al parecer, nuestra realidad deja un poco que desear. Sin ficciones, es sencillamente insoportable.

—En el colegio aprenderás sobre todo a leer.

—¡Yuju, tengo muchas ganas!

—Y yo. Así ya no tendrás que preguntarme si quiero leerte algo. Lo decidirás tú misma. Irás sencillamente a la estantería y escogerás un libro. Podrás leer durante días, meses, años, incluso el resto de tu vida, si quieres.

—Pero entonces no tendré tiempo para jugar.

—No tienes que estar leyendo siempre. Pero podrías. Además, leer es parecido a jugar, creo yo. Con los libros, puedes vivir toda clase de cosas. Como con tu hermana Maya.

—¿De veras?

—Claro que sí, te llevan de viaje, te llevan a las cuevas más profundas, te revelan sus secretos, buscan príncipes, conquistan islas doradas. Mis libros son capaces de todo.

—Pero no pueden pelear.

—No, pelear es difícil. Debo admitirlo.

—¡Mi hermana Maya está escribiendo un libro!

—¿Ah, sí? ¿De qué trata?

—¡De Pupipapi!

—¿Te refieres a esa ciudad en la que vive?

—Sí, en realidad lo estamos escribiendo juntas. Yo le ayudo un poquito.

—Es muy amable de tu parte. ¿Y estará terminado pronto?
—Sí, mañana, creo.
—Uuuu, seguro que sí.
—O pasado mañana.
—Según las historias que se os ocurran, ¿no?
—Sí.

¿Por qué hay tantos libros?

Creo, hija mía, que puedo responder exactamente a eso: la culpa es de tu amiga imaginaria, Maya. ¡Ella y los que son como ella! Porque sin esas voces dentro de nosotros (de casi cada uno de nosotros) y su susurro acerca de la posibilidad de otro yo mejor, más claro, en otro mundo mejor y más claro —¡el mundo de mañana, o pasado mañana!—, sin duda la mayoría de ellos no habrían surgido. Sobre todo los filosóficos.

¿DÓNDE ESTÁ AHORA EL ABUELO?
Y POR QUÉ SIEMPRE QUERRÍAMOS RESPONDER A ESTA PREGUNTA

Esos ojos. Tan cerca de los míos. Y sin embargo era una pregunta muy sencilla. Tienes cinco años, quieres a tu abuelo, sus bromas, su calidez. ¿Dónde está ahora el abuelo?

—No lo sé.
—¿Está bien?
—Eso espero.
—Tía Gisela dice que ahora está en el cielo.
—Sí, tía Gisela entiende de esas cosas.

¿Y ahora? ¿Contradecir, matizar, restringir? ¿Te cargo a ti con todas mis dudas, cuando queda tan poco para que te vayas a dormir? ¿O simplemente me someto, afirmo sin creer? Como si me dejaras elección.

—¿En qué parte del cielo? ¿Ahí arriba, encima de las nubes?

Y, luego, con eterna curiosidad:

—¿Cómo se puede vivir encima de las nubes?
—Probablemente tendríamos que preguntárselo al abuelo.
—Pero ¡el abuelo no puede contestarnos, está mueeerto!

Eso es cierto, mi pequeña. Y posiblemente es lo único sensato que se puede decir de la muerte: que es ese estado en el que dejamos de dar respuestas. Así al menos lo veía el abuelo. Ese fue su mayor dolor cuando intuyó que se acercaba el fin. No poder seguir estando con vosotros para enseñaros su mundo en un largo juego de preguntas y respuestas, para enseñaros la diferencia entre «aparentemente» y «al parecer», para contaros historias del gordo y tonto Tobías o de Heino, el águila blanca, historias que él mismo aún no conocía, que

solo él podía inventar y que ahora han muerto con él, porque eso es lo que muere cuando una persona muere: las posibilidades que habitan en ella.

—Quizá nos oye, pero ya no puede hablar, allá arriba, en el cielo.

Esa es una propuesta peligrosa, sobre todo viniendo de una niña de cinco años a la que nada pone más nerviosa que no obtener una respuesta.

—¿Crees que nos mira desde el cielo, como la madre de Pippi Calzaslargas?

—Sí, papá, exactamente así.

La verdad es que nunca he comprendido qué puede tener de consoladora esa expectativa de una visión eterna. Ni para el que contempla ni para el observado. Si se mira bien, apenas puedo imaginar una tortura más sofisticada para un padre que solo poder contemplar a su hijo, sin ninguna posibilidad de intervenir, separados ambos por una eternidad. Dejando a un lado las cuestiones prácticas. Porque ahora me vas a acosar preguntando cómo el abuelo puede vernos desde allí arriba, a través de las nubes y de la oscuridad, para lo que solo podremos servirnos de un telescopio especial de noche y nubes inventado ex profeso para abuelos muertos… algo que no me apetece y que, de todos modos, no me vas a aceptar.

* * *

Vivir después de la muerte. Cinco palabras que no encajan. ¿Cómo tengo que imaginar eso, para mí, para ti? Como un sueño eterno. Así lo viste tú la última vez, en el hospital: durmiendo; te sentaste a su lado, en medio de la cama, sin temor ni compasión hacia aquel hombre ceniciento con los brazos llenos de cables y dos tubos metidos en la nariz. (¿Eso duele? No, si no, no podría dormir tan tranquilo. Algunas respuestas son muy sencillas). Lo acariciaste, con la certeza nunca puesta en duda de que despertaría pronto para bromear contigo. Una certeza que no necesitaba ningún dios

para ser incondicional. Has buscado el contacto de su cuerpo, que aún estaba suave y cálido y, por tanto, vivo. No había nada más que hacer, tampoco para nosotros, que sentíamos que la vida se alejaba cada día un poco más de él, perdido en sordos sueños de morfina con fases cada vez más infrecuentes de confuso despertar, que llevaban a preguntarse quién era el que iba a morir, dado que la persona que llevaba el nombre de mi padre se había extinguido ya hacía mucho.

* * *

¿Creemos que la muerte existe? Sí, lo creemos. ¿Y creemos también que la muerte consiste en la separación del alma del cuerpo? Sin duda, lo creemos. ¿Y que el estado de muerte es aquel en que el cuerpo ha sido separado del alma y existe por sí solo? Sí, lo creemos. ¿Y que el alma ha sido separada del cuerpo y existe por sí sola? Sí, lo creemos.

En su último encuentro, Sócrates arranca esa confesión a sus discípulos para demostrar, poco antes de apurar la copa de cicuta, que la muerte no es nada tan temible. Ni siquiera para una persona que se ha dedicado a las cosas que tan solo conciernen al alma, es decir, al conocimiento de las verdades eternas, por lo que filosofar, bien entendido, no significa otra cosa que aprender a morir.

Una idea consoladora, ese dualismo de alma y cuerpo. Tan consoladora que hemos querido levantar sobre él toda nuestra cultura. Parece bastante fácil de entender, lo bastante como para poder explicárselo a una niña de cinco años: la idea de que el alma abandona el cuerpo en el momento de la muerte y puede seguir existiendo, sobre todo seguir pensando, incluso sin él.

Al igual que tú cuando cierras los ojos y te concentras mucho en lo que, como dices siempre, «piensa tu cabeza». Incluso puedes ver con los ojos cerrados. Ves las imágenes de tu imaginación justo delante de tu ojo mental. Con ese ojo mental interior, imagínate, podría vernos también el abuelo, incluso desde el cielo, durante toda la eternidad.

* * *

Puede que no lo haya explicado bien. O dos mil quinientos años de duda humana han dejado sus huellas en tu alma. Pero, como pequeña humana que se sienta delante de mí y cuya mano acaricio por la noche, te muestras mucho más escéptica que los discípulos de Sócrates. Ninguna confirmación sale de tus labios.

Es mucho pedir que creas en la total separación entre el alma y el cuerpo.

—Entonces ¿todo el mundo tiene que morir?
—Sí, todo el mundo.

Se dice sin ninguna dificultad: todo el mundo, todo, el mundo. Está clarísimo. Hasta que muere alguien que no es todo el mundo.

—¿Y todos los animales?
—Los animales no mueren, se extinguen.
—¿Cuál es la diferencia?
—La diferencia está en que los animales no saben nada de su mortalidad. Ningún animal puede preguntar lo que me acabas de preguntar tú: si tiene que morir.

Y, si ahora me preguntas si eso significa que los animales no tienen alma, probablemente contestaré que sí.

Así que el conocimiento de nuestra finitud se convierte en privilegio, tener que morir se convierte en *poder* morir. Porque, sin ese conocimiento, los animales como nosotros no sabrían vivir, no podrían encontrar ningún sentido a su existencia. Vivir *eternamente*… ¿qué mortal quiere eso?

Tú. A tus cinco años, aún no necesitas la muerte en tu vida. No la haría más rica, más placentera, ni le daría un mayor sentido. Y que también tú, hija mía, vas a morir algún día es algo que te puedo asegurar, pero no vas a poder creerme. «Seguro que Dios hace una excepción conmigo», decía siempre el abuelo para provocar a tía Gisela.

Tú no te acordarás. De nada de lo que el abuelo ha dicho o hecho. Más tarde, el recuerdo del paraíso infantil de tu eternidad quedará borrado para ti. Solo con la mortalidad queda el recuerdo. Esa clase de animales somos. ¿Es a eso a lo que Sócrates se refiere cuando declara, en sus últimas horas,

que conocer es recordar? ¿Y la filosofía, sí, aprender a morir?

—¿Sabes?, hubo un tiempo en que tú todavía no estabas en el mundo.

—Sí, estaba en la tripa de mamá.

—Y antes no existías, ni siquiera como idea.

—Oooh, sí.

Se ve con claridad que la idea no te gusta. Tiene algo de ofensivo no haber existido nunca, no haber sido nunca imaginada, no ser necesaria, simplemente surgir, de un capricho, de la nada.

—¿Y qué pasaba entonces contigo?

—Nada, simplemente aún no estaba.

—Pues eso es lo que puede que pase con las personas que han muerto, como el abuelo. Estar muerto sería como no haber nacido. Esto es, nada.

Largo, enojado silencio.

—Como cuando te duermes sin soñar, así podría estar ahora el abuelo. Para siempre.

—No quiero.

No quieres. Yo tampoco. Nadie quiere esa Nada en medio de nosotros. Nos da miedo, tus ojos lo demuestran. Es ese miedo el que me impide apagar la luz cuando te duermes y, en vez de eso, me hace dejar una lamparita en el rincón, para que la habitación no esté demasiado oscura durante tu noche.

Veo la imagen de un hombre moribundo en pijama, con los ojos muy abiertos y la voz de un niño: «¿Y si después hubiera algo más? Sigue siendo posible. ¿Tú qué crees?».

—Ojalá el abuelo sueñe algo bonito.

—Ojalá.

Aunque no lo creo. Nunca durmió bien, dormía con el puño cerrado, gritaba en sueños, perseguido por su demonio, tan alto que los niños despertábamos. Ojalá no sueñe.

¿Dónde está ahora el abuelo? No lo sé. Pero, cuando miro

tus ojos, tan apretados e inquisitivos como los suyos, encuentro mis propias razones para creer que sigue entre nosotros, tan cercano e inmortal como una persona puede serlo. Y ahora duerme, mi pequeña. Duerme bien. Mañana será otro día.

PEQUEÑAS Y GRANDES RECOMENDACIONES BIBLIOGRÁFICAS
PARA SEGUIR EL VIAJE
(ordenadas por historias)

¿TÚ TAMBIÉN TIENES UNA AMIGA ASÍ?

CAVELL, S., *Ciudades de palabras*, Valencia, Pre-Textos, 2007, trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra Meliá.

NIETZSCHE, F., «Schopenhauer como educador», en *Consideraciones intempestivas III*, *Obras completas I. Escritos de juventud*, Madrid, Tecnos, 2011, Diego Sánchez Meca (dir.), trad. de Joan B. Llinares.

PLATÓN, *Diálogos*. *IV*, *República*, Madrid, Gredos, 2006, trad. de Conrado Eggers Lan.

¿SOY YO?

LOCKE, J., *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, trad. de Edmundo O'Gorman.

¿TAMBIÉN HABRÍA PODIDO SER UN NIÑO?
Y
¿ME QUERÍAIS COMO SOY?

SANDEL, M. J., *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*, Barcelona, Marbot, 2016, trad. de Ramon Vilà Vernis.

¿QUIÉN CUENTA ESTA HISTORIA?

JANNIDIS, F. y G. LAUER, eds., *Texte zur Theorie der Autorschaft*, Stuttgart, Reclam, 2000.

¿ESTÁ DIOS MIRÁNDONOS?

HUME, D., *Diálogos sobre la religión natural*, Madrid, Tecnos, 1994, trad. de Carmen García-Trevijano.

¿ESTO PARA QUÉ SIRVE?

FREUD, S., *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 2010, trad. de

Luis López Ballesteros de Torres.
NIETZSCHE, F., *Más allá del bien y del mal* y *La genealogía de la moral*, en *Obras completas IV. Escritos de madurez* y *Complementos a la edición*, Madrid, Tecnos, 2016, Diego Sánchez Meca (dir.) trads. de Kilian Lavernia (*Más allá del bien y del mal*) y Jaime Aspiunza (*La genealogía de la moral*).

¿POR QUÉ NOAH ESTÁ ENFERMO?

LEIBNIZ, G. W., *Teodicea. Ensayos sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*, Barcelona, Malpaso, 2022, trad. de Patricio de Azcárate.
NEIMAN, S., *El mal en el pensamiento moderno. Una historia no convencional de la Filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, trad. de Felipe Garrido.

¿TE QUEDAS CONMIGO?

KANT, I., «Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía», en *Kant II*, Madrid, Grandes Pensadores, Gredos, 2010, trad. de Juan Miguel Palacios.

¿SUFREN LAS PIEDRAS?

DESCARTES, R., *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Alianza, 2011, trad. de Guillermo Graíño Ferrer.
WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones filosóficas*, Madrid, Trotta, 2021, trad. de Jesús Padilla Gálvez.

¿POR QUÉ LOS PERROS NO SABEN HABLAR?

HEIDEGGER, M., *¿Qué significa pensar?*, Madrid, Trotta, 2005, trad. de Raúl Gabás.

¿POR QUÉ DEBO DISCULPARME?

AUSTIN, J. L., «Un alegato en pro de las excusas», en *Ensayos filosóficos*, Madrid, Alianza, 1988, trad. de Alfonso García Suárez.

¿QUIERES JUGAR CONMIGO?

CAVELL, S., *¿Debemos querer decir lo que decimos?*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, trad. de Diego Ribas Nicolás.
WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones filosóficas*, Madrid, Trotta, 2021, trad. de Jesús Padilla Gálvez.

¿QUÉ HABRÍA PASADO SI NO HUBIERAS CONOCIDO A MAMÁ?

PLATÓN, *Diálogos. III, Banquete*, Madrid, Gredos, 1988, trad. de M. Martínez Hernández.

¿VOLVEMOS A SER AMIGOS?

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, 2005, trad. de José Luis Calvo Martínez.

¿POR QUÉ HAY TANTOS LIBROS?

BORGES, J. L., «La Biblioteca de Babel», en *Ficciones*, Madrid, Alianza, 2006.

¿DÓNDE ESTÁ AHORA EL ABUELO?

MONTAIGNE, M. DE, «Que filosofar es aprender a morir», en *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, Barcelona, Acantilado, 2007, trad. de J. Bayod Brau.

PLATÓN, *Diálogos. III, Fedón*, Madrid, Gredos, 1988, trad. de Carlos García Gual.

Notas

[1] Janosch, *¡Qué bonito es Panamá!*, Pontevedra, Kalandraka, 2010, trad. de Eva Almazán.
[2] *Ibid.*
[3] Janosch, *¡Qué bonito es Panamá!, op. cit.*

Título original: *Bin Das Ich? Kleine Menschen, grosse Fragen*

Primera edición: marzo de 2023

© 2021, Wolfram Eilenberger Klett-Cotta
J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart
Edición publicada mediante acuerdo con Literarische Agentur Michael Gaeb.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carlos Fortea, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Montse Galbany

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

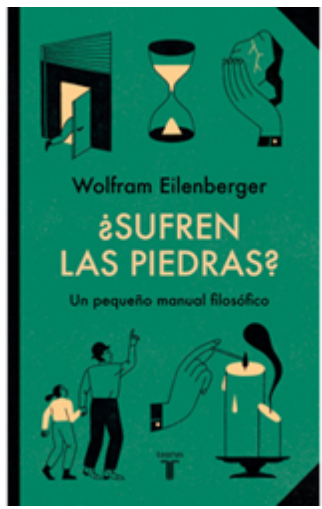
ISBN: 978-84-306-2575-8

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

Un homenaje al niño que todos llevamos dentro y una invitación a recuperar la extrañeza ante el mundo.



A veces intentamos ver el mundo con mirada infantil. Al hacerlo, nos topamos con algunas preguntas fundamentales, esas preguntas que los pequeños se hacen sin miedo y que en cambio los adultos a menudo olvidamos o dejamos que queden ocultas tras el ritmo frenético de la actividad diaria. ¿Cómo responder cuando una hija quiere saber si sus padres la quieren tal como es, o si se esperaban otra cosa? ¿Cómo explicar qué son la vida y la muerte, por qué las piedras no sienten dolor y los animales no hablan? ¿Qué significa cumplir una promesa? ¿Qué representan los amigos imaginarios con los que jugamos de niños? La filosofía es esto: asombro y descubrimiento del mundo. Y las preguntas a veces cuentan incluso

más que las respuestas.

Leemos cuentos a nuestros hijos, jugamos y hablamos con ellos, nos preocupamos por ellos o discutimos con ellos sobre el desorden de la habitación y para que se coman lo que hay en el plato. Y no solemos reparar en el hecho de que las preguntas que les surgen rara vez son tan inofensivas como parecen. ¿Por qué hay que servir la sopa con cuchara, disculparse o mantener el orden? ¿Quién dice lo que está escrito en nuestros libros? ¿Qué significa eso de «yo» y «tú»? Lo más cotidiano puede ser un excelente punto de partida para las incursiones filosóficas de Wolfram Eilenberger. ¿Sufren las piedras? nos muestra una faceta nueva, refrescante y sorprendente de este autor. Este libro divertido, inspirador y repleto de humor nos contagia la curiosidad infantil por la sabiduría.

La crítica ha dicho:
Sobre Tiempo de magos:
«Eilenberger narra los destinos entrelazados de cuatro de los pensadores más influyentes del siglo XX. Repleto de historias personales -y de erudición-, este libro nos enseña cómo lidiar con un momento de crisis, habilidad imprescindible que nunca hemos dejado de necesitar.»
Anne Applebaum, premio Pulitzer y autora de *Gulag, Hambruna roja* y*El telón de acero*

«Cuando el suelo tiembla bajo nuestros pies nos da por recordar. Sobre todo, qué hicimos la última vez que sucedió. Por eso se lee tan bien *Tiempo de magos*.»
Darío Prieto, *El Mundo (La esfera de papel)*

«Aún quedan algunos libros que nos devuelven por unos días la fascinación de antaño. Este es uno de ellos. Si solo te queda dinero para un libro de filosofía, elige este.»
Wolfgang Pichler, *General-Anzeiger*

Sobre *El fuego de la libertad*:
«Qué manera tan desenfadada, tan gozosa, de escribir sobre filosofía al más alto nivel.»
SWR2 Lesenswert

«Otra obra maestra. No es un libro solo para expertos en filosofía. Está escrito como una novela que no podrán dejar de leer.»
Thomas Sigmund, *Handelsblatt*

«El libro que demuestra que la filosofía es en esencia plural y una invitación a confiar en el efecto liberador de «pensar diferente».»
Wolfang Schütz, *Augsburger Allgemeine*

«Wolfram Eilenberger cuenta la filosofía como si de un *thriller* se tratase. Y, al mismo tiempo, da a las mujeres un lugar más apropiado en la historia intelectual.»
Welt am Sonntag

Wolfram Eilenberger es un filósofo y autor de éxito internacional. Es el fundador de *Philosophie Magazin* y presenta el programa de televisión *Sternstunde Philosophie* en la cadena pública suiza SRF. En 2018 se publicó en Alemania su libro *Tiempo de magos*, best seller en distintos países, que obtuvo el prestigioso Prix du Meilleur Livre Étranger en Francia. Ha sido traducido a más de veinte idiomas. Eilenberger colabora asiduamente en muchas publicaciones, como *Die Zeit*, *Der Spiegel* y *Cicero*, y ha dado clases en la Universidad de Toronto, la Indiana University Bloomington y la Universidad de las Artes de Berlín.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

ÍNDICE

¿Sufren las piedras? Pequeño manual filosófico

¿Tú también tienes una amiga así?
¿Soy yo?
¿También habría podido ser un niño?
¿Me queríais como soy?
¿Quién cuenta esta historia?
¿Está dios mirándonos?
¿Esto para qué sirve?
¿Por qué noah está enfermo?
¿Te quedas conmigo?
¿Sufren las piedras?
¿Por qué los perros no saben hablar?
¿Por qué debo disculparme?
¿Quieres jugar conmigo?
¿Qué habría pasado si no hubieras conocido a mamá?
¿Volvemos a ser amigos?
¿Por qué hay tantos libros?
¿Dónde está ahora el abuelo?
Pequeñas y grandes recomendaciones bibliográficas

Notas
Créditos
Sobre este libro
Sobre Wolfram Eilenberger